SARA GRAN

Acércate

Traducción de
María Pérez de San Román

LA BIBLIOTECA DE CARFAX

Tabla de contenidos

TAMBIÉN POR EL AUTOR
Portada
Página de derechos de autor
Dedicación

TAMBIÉN POR EL AUTOR

El regreso de Saturno a Nueva York

Copyright © 2003 por Sara Gran

Todos los derechos reservados.

Publicado por
Soho Press, Inc.
853 Broadway
Nueva York, NY 10003

Datos de catalogación en publicación de la Biblioteca del Congreso Gran, Sara.
Acércate: una novela / Sara Gran.
p. cm.
ISBN 1-56947-328-5 (alk. papel)
1. Mujeres—Ficción. 2. Posesión demoníaca—
Ficción. I. Título.
PS3607. R42C66 2003
813'.6—DC21 2002044655

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Para Warren y Suzanne Gran. Gracias por todo.

En enero recibí una propuesta de matrimonio a mi jefe, Leon Fields, sobre un nuevo proyecto. Estábamos renovando una tienda de ropa en un centro comercial a las afueras de la ciudad. Nada tremendo. Terminé la propuesta un viernes por la mañana y la dejé caer sobre su escritorio con una pequeña nota alegre: "¡Déjame saber lo que piensas! "—mientras estaba en una reunión con un nuevo cliente en la sala de conferencias.

Más tarde esa mañana, Leon abrió la puerta de su oficina con un golpe.

—¡Amanda! —gritó—. "Entra aquí".

Corrí a su oficina. Cogió un puñado de papeles de su escritorio y me miró fijamente, con el rostro flácido y blanco de ira.

—¿Qué demonios es esto?

—No lo sé. Se parecía a mi propuesta: el mismo título, el mismo formato. Me temblaban las manos. No podía imaginar lo que estaba mal. Leon me entregó los papeles y leí la primera línea: Leon Fields es un maricón chupapollas.

"¿Qué es esto?" —le pregunté a León.

Me miró fijamente. "Dímelo tú. Lo acabas de dejar caer sobre mi escritorio".

La cabeza me dio vueltas. "¿De qué estás hablando? Pongo la propuesta en su escritorio, no esta, la propuesta para el nuevo trabajo". Revisé los papeles de su escritorio en busca de la propuesta que le había dejado. "¿Qué es esto, una broma?"

—Amanda —dijo—. "Tres personas dijeron que te vieron ir a la imprenta, imprimir esto y llevarlo a mi escritorio".

Me sentí como si hubiera entrado en un mal sueño. Ya no había lógica, no había razón. —Espera —le dije a León—. Corrí a mi escritorio, imprimí la propuesta, la revisé y la llevé a la oficina de Leon. Se había calmado un poco y estaba sentado en su gran silla de cuero.

Se lo entregué. "Esto es todo. Esto es exactamente lo que puse en tu escritorio esta mañana".

Miró los papeles y luego volvió a mirarme. "Entonces, ¿de dónde salió eso?" Volvió a mirar la propuesta falsa que había sobre el escritorio.

—¿Cómo iba a saberlo? He dicho. "Déjame verlo de nuevo".

Leí la segunda línea: Leon Fields come mierda y le gusta.

—Repugnante —dije—. "No lo sé. Alguien te está jugando una mala pasada, supongo. Alguien piensa que es gracioso".

"O jugándote una mala pasada", dijo. "Alguien reemplazó su propuesta con esto. Lo siento, pensé... —miró a su alrededor,

avergonzado—. En los tres años que había trabajado para él, nunca había oído a Leon Fields disculparse con nadie, nunca.

"Está bien", le dije. —¿Qué se suponía que debías pensar?

Nos miramos el uno al otro.

"Revisaré la propuesta", dijo. "Me pondré en contacto contigo pronto".

Salí de su oficina y volví a mi escritorio. Yo no había escrito la propuesta falsa, pero me hubiera gustado saber quién lo hizo. Porque era verdad; Leon Fields era un maricón chupapollas, y comía mierda, y siempre había sospechado que le gustaba mucho.

Esa noche le estaba contando a mi esposo, Ed, sobre el pequeño misterio que había en el trabajo cuando escuchamos el golpeteo por primera vez. Estábamos sentados a la mesa, terminando una comida vietnamita para llevar.

Toque-toque.

Nos miramos el uno al otro.

—¿Has oído eso?

—Creo que sí.

De nuevo: toque-toque. Venía de dos en dos o de cuatro en cuatro, nunca en uno solo —tap-tap—, y el sonido tenía un arrastre, casi un rasguño detrás, como garras en un suelo de madera.

Primero Ed se puso de pie, luego yo. Al principio, el sonido parecía provenir de la cocina. Así que caminamos hacia la cocina y nos agachamos para escuchar debajo de la base del refrigerador y mirar debajo de la estufa, pero luego parecía que venía del baño. En el baño revisamos debajo del lavabo y detrás de la cortina de la ducha, y luego determinamos que provenía del dormitorio. Así que caminamos hasta el dormitorio, luego a la sala de estar, y luego de nuevo a la cocina. Después de recorrer el apartamento, nos dimos por vencidos. Decidimos que eran las tuberías, algo que tenía que ver con el flujo de agua o el sistema de calefacción. O tal vez un ratón, corriendo alrededor y alrededor del apartamento dentro de las paredes. A Ed le repugnaba la idea, pero a mí me pareció un poco lindo, un ratoncito con el coraje de inventar cuatro pisos y vivir de nuestras pocas migajas. Ambos nos olvidamos de la historia que había estado contando, y nunca le conté a Ed sobre la broma pesada en el trabajo.

EL TAPPING continuó durante el resto del invierno. No todo el tiempo, pero sí durante unos minutos cada dos o tres noches. Luego, a finales de mes, fui a una conferencia en la Costa Oeste durante dos días, y Ed se dio cuenta de que no lo escuchó en absoluto mientras yo no estaba. Unas semanas más tarde, Ed fue a la boda de un primo lejano en el norte durante tres días. El tapping continuó toda la noche, todas las noches, mientras él no estaba. Volví a registrar el apartamento, persiguiendo el sonido de un lado a otro. Examiné las tuberías, revisé todos los grifos en busca de goteos, encendí y apagué la calefacción y aún así continuaron los golpeteos. Limpié el piso de cualquier migaja que un roedor pudiera comer, incluso compré una caja de pequeñas trampas de resorte desagradables, y el sonido todavía estaba allí. Subí el volumen de la televisión, puse el

lavavajillas, pasé horas hablando por teléfono con viejos amigos ruidosos, y aún así lo escuché.

Toque-toque.

Estaba empezando a pensar que este ratón ya no era tan lindo.

EL RUIDO NO ERA TAN inusual, en realidad; Nuestro edificio tenía casi cien años de antigüedad y uno esperaba ese tipo de ruido. Había sido construido como una fábrica de aspirinas cuando la ciudad aún tenía una base industrial. Después de que la industria se mudó, un desarrollador tras otro había tratado de hacer algo con el vecindario, lleno de fábricas y almacenes abandonados como el nuestro, pero los planes nunca despegaron. Estaba demasiado lejos de la ciudad, demasiado desolado, demasiado frío por la noche. En lo que a mí respecta, era mejor que el desarrollo no hubiera salido según lo planeado. Nuestro edificio todavía estaba medio lleno. Me gustó la paz y la tranquilidad.

La primera vez que vimos el loft estaba absolutamente seguro de que era el hogar para nosotros. Ed necesitó un poco de convencimiento.

"¡Piensa en el silencio!" Le dije a Ed. "¡No hay vecinos!"

Había conductos para la iluminación y la plomería, pero nunca se habían utilizado. Tendríamos que hacer una renovación importante. "¡Piensa en las posibilidades!" Lloré. "¡Podemos construirlo desde cero!"

Seis columnas blancas sostenían el lugar. El calor era proporcionado por un soplador industrial colgado del techo. "Tiene carácter", le dije a Ed. "¡Tiene personalidad!"

Él cedió, y obtuvimos el lugar a la mitad de lo que hubiéramos pagado en otro lugar. Gastamos el dinero extra en la renovación. Ed me dio rienda suelta para hacer lo que quisiera. Era arquitecta y ahora podía ser el cliente de mis sueños. Diseñé cada detalle yo mismo, desde el color blanquecino de las paredes hasta los grifos de porcelana en el fregadero de la cocina y la instalación de la chimenea a lo largo de la pared sur, que costó una fortuna, pero valió la pena.

El barrio, sin embargo, a veces era difícil. No hay supermercados, no hay restaurantes, hay algunas pequeñas tiendas de comestibles que se especializan en cerveza y cigarrillos. El borde del distrito comercial más cercano para ir de compras estaba a diez cuadras de distancia, y la zona residencial más cercana estaba al otro lado de eso. Pero nos adaptamos rápidamente. Teníamos un coche que nos llevaba a donde quisiéramos por las noches y los fines de semana, y entre semana solíamos coger el tren para ir al trabajo. Nuestra otra preocupación cuando nos mudamos por primera vez fue el crimen, pero pronto descubrimos que no había ninguno. Era demasiado desolada incluso para los criminales. Sin embargo, llegué a tener miedo de los perros callejeros que patrullaban el vecindario. Los perros mantuvieron la distancia y yo la mía, pero siempre sentí que era una tregua

incómoda. No confiaba en que los animales cumplieran su parte del trato. Caminando a casa desde el tren, veía a uno acechando en una puerta o en una esquina, mirándome con sospecha. Estaba seguro de que hubiera preferido a un atracador, que al menos solo querría mi dinero, no sabía lo que querían estos perros cuando me miraban con sus ojos inyectados en sangre.

Ese otoño me enteré cuando una mezcla de pastor alemán me siguió a casa desde la estación de tren una noche. Pensé que correr solo lo provocaría, así que seguí caminando a un ritmo regular, fingiendo indiferencia. El pastor alemán iba detrás a un ritmo igualmente constante, fingiendo también indiferencia. A la entrada de mi edificio, con una puerta de acero en dos escalones anchos, metí la llave en la cerradura y pensé que estaba libre en casa: el perro se quedó en la calle. Y luego, de un gran salto, subió los dos escalones y atacó. Con sus patas delanteras, tan fuertes como manos humanas, me empujó contra la pared, ignorando mis gritos horrorizados, me lamió en la boca y trató de seducirme. Cuando finalmente lo convencí de que no estaba interesada, se sentó a mis pies, jadeando con una gran sonrisa. Pasé unos minutos rascándome detrás de sus orejas y luego me escabullí por la puerta.

Me habría olvidado de él si no fuera porque al día siguiente me estaba esperando de nuevo en la estación de tren, y al día siguiente. Caminar a casa con él se convirtió en una rutina. Conocía algunas órdenes simples ("siéntate", "quédate", "no") y estaba convencida de que había comenzado su vida como la mascota de alguien. Incluso fui a una tienda de mascotas y le compré una bolsa de galletas para perros nutricionalmente equilibradas. En nuestros paseos a casa desde el tren, usé las galletas para enseñarle algunas órdenes más: caminar, acostarse, dejar de intentar follarme (que abreviamos como Stop). Tenía la esperanza de que si lo ponía en condiciones más civilizadas, podría encontrarle un hogar. Me hubiera gustado acogerlo yo mismo, pero Edward era alérgico; Los perros, los gatos, los hámsters, las fresas, el angora y ciertos tipos de hongos eran materiales peligrosos, que debían mantenerse fuera del apartamento y manipularse con cuidado.

Pero me alegré de tener al menos un amigo en el vecindario. Y durante los meses siguientes fue mi nuevo amigo, un perro callejero sin nombre plagado de pulgas, en lugar de Ed, quien sería el primero en darse cuenta de que yo no era del todo yo mismo.

No es que Ed no estuviera atento, no es que no se diera cuenta de lo que estaba pasando en mi vida. Simplemente no fue capaz de juntar

las piezas tan rápido como el perro. Ed era mi héroe, mi salvador. Ed era el hombre que había impuesto el orden en mi caótica vida. Cuando era soltera, comía cereales para la cena y helado para el almuerzo. Había guardado mis registros de impuestos en una bolsa de compras en el armario. Había pasado los sábados en una niebla de resaca, viendo horas de viejas películas en blanco y negro. Con Ed pasaba los sábados al aire libre, haciendo las cosas que siempre había imaginado que debía hacer: mercadillos, almuerzos, museos. Hacía nuestros impuestos, con deducciones detalladas, cada enero, y archivaba los registros en un archivador real. Aquí había un hombre que podía terminar cualquier crucigrama, abrir cualquier botella, llegar al estante superior de la tienda de comestibles sin esfuerzo. Aquí había estabilidad, aquí había algo en lo que podía confiar, mi roca, día tras día. Alguien que me amara, que nunca me dejara solo. No se puede culpar a este hombre sofisticado y civilizado por no tener los mismos instintos que un perro salvaje.

LO QUE PENSAMOS que es imposible sucede todo el tiempo. Como la vez que Ed entró en el apartamento y luego perdió las llaves, en algún lugar de la casa, y nunca más las encontró. Como la mañana de Halloween en la que abrí un armario de platos, todos apilados en perfecto orden, y la pila de platos en el estante más alto se derrumbó, uno por uno, para rebotar en mis hombros y romperse en el suelo. O cuando mi amiga Marlene descolgó el teléfono para llamar a su abuela y alguien ya estaba en la línea; Uno de sus primos, llamándola para decirle que su abuela había muerto esa mañana. Podríamos dedicar nuestras vidas a dar sentido a lo extraño, lo inexplicable, lo casual, pero la mayoría de nosotros no lo hacemos. Y yo tampoco.

Poco después de que comenzara el tapping, Ed y yo empezamos a pelear. No peleábamos todo el tiempo, no cambiábamos todo a la vez. Al principio fue solo una pequeña discusión, pensé que era solo una fase. No sabía que era parte de un patrón, porque no sabía que había un patrón para ver. No sabía que iba a escalar. Si tuviera que precisar cuándo comenzó la fase, la fase que resultó no ser una fase en absoluto, sino el comienzo de un declive constante, diría que el Día de San Valentín de ese año.

Nuestro plan ese Día de San Valentín era evitar los restaurantes abarrotados y tener una noche romántica en casa. Salí primero del trabajo, así que me encargué de la cena. Se suponía que Ed, que debía volver a casa a las siete, traería flores y vino. A las siete, había preparado la cena (ternera marsala y brócoli rabe), había puesto la mesa y tenía un soufflé de chocolate comprado en la tienda en el horno. Pero entonces Ed llamó a las 7:15 desde la oficina y dijo que estaría al menos una o dos horas más. Algunos números tuvieron que ser revisados una y otra vez y no podían esperar hasta mañana. Veía las noticias en la televisión y luego algunas comedias de situación. Me comí una bolsa de pretzels viendo un drama en el hospital. A las once volvió a sonar la noticia. No había cambiado mucho.

Bien entrados los programas de entrevistas nocturnos, Ed entró por la puerta sin flores ni vino.

—Hola, cariño —dijo, y cruzó el desván hasta el sofá—. Se inclinó para darme un beso. Eché la cabeza hacia atrás. ¿Cómo se atreve?, me oí pensar.

—Llegas tarde —dije—. Siempre llega tarde, pensé. Los golpeteos en el apartamento fueron especialmente fuertes esa noche.

Toque-toque. "Lo sé, lo siento", dijo con una exagerada cara de

perro sabueso. —¿Se aceptan disculpas?

Toque-toque.

—No —dije—. "La disculpa no es aceptada".

—Oh, cariño, yo...

"¡Es el DÍA DE SAN VALENTÍN!" —grité—. —¿Dónde coño has estado?

Toque-toque. Toque-toque.

"¡Llamé!", le gritó. Entró en el dormitorio para ponerse un pijama de franela azul y luego gritó desde allí. "¡Sabías que llegaría tarde!"

"¡Llamaste hace cuatro horas!"

Toque-toque. Toque-toque. Toque-toque. Ahora estaba furioso. Nada podría hacer que esto estuviera bien.

—Lo siento por la cena —dijo, todavía en el dormitorio—. "¡TE DIJE QUE LO SENTÍA!"

"¡Siempre lo sientes!" Le grité. "¡Tú y tus putas disculpas!"

Tap-tap-tap-tap-tap: alcanzó una especie de crescendo y luego se detuvo por la noche.

Ed salió de la habitación y yo entré, cerrando la puerta detrás de mí. Me acosté en la cama y en mi mente repasé cada noche, cada promesa incumplida de mi matrimonio. Una hora más tarde, Ed se acostó y fingí estar dormido.

Esa noche tuve un sueño extraño, que recordé muy claramente a la mañana siguiente. Un océano rojo estaba bordeado por una orilla de arena carmesí más oscura. En el océano una mujer jugaba entre las olas. Era hermosa y tenía grandes ojos oscuros; Su único defecto era su enorme cabellera negra, que estaba enmarañada en mechones sucios. La observé desde la orilla. Salió del océano y el líquido rojo rodó por su piel como mercurio. Luego estábamos acostados uno al lado del otro en la arena. Sus dientes eran puntiagudos como colmillos. Me parecieron bonitos.

—Me gustas —dijo—. Se acercó y me retorció un mechón de pelo entre los dedos. Me sonrojé y miré hacia la arena roja.

"¿Puedo quedarme contigo?", preguntó. Con el dedo índice deletreé SÍ en la arena carmesí. Al lado escribió su nombre: NAAMAH.

Me abrazó y nos abrazamos como hermanas. La amaba tanto, quería que estuviéramos juntos siempre.

Estaba seguro de que había visto a esa mujer antes. Ella entraba y

salía de mi mente a menudo los días siguientes, como unas pocas notas de una canción que simplemente no podías volver a conectar con el todo. Especialmente sus labios, estaba seguro de haberlos visto antes. Fue unos días después que el nombre volvió a mí. Ed y yo estábamos en la mesa de la cocina con nuestro café y tostadas de la mañana, hablando de sus amigos Alex y Sophia. No nos habíamos reconciliado exactamente con la pelea del Día de San Valentín, pero lo habíamos dejado pasar, decidimos en silencio que nunca había sucedido. Estaba medio escuchando una historia sobre el ascenso de Alex, medio pensando en qué ponerme ese día, cuando su nombre voló hacia mí, sin previo aviso.

"¡Pensamiento!" —grité—. "Sabía que la conocía".

Pansy había sido un amigo imaginario. La primera vez que pensé en ella fue cuando tenía cinco o seis años. Un sustituto de la madre. Me la imaginé peinándome, preparándome para una fiesta de té conmigo, arropándome en la cama por la noche. Mi verdadera madre había fallecido cuando yo tenía tres años, de un ataque al corazón, y mi padre se volvió a casar muy rápidamente, con una mujer que nunca había querido tener hijos. Noreen. Pansy no era una niña más, era lo que yo pensaba de adulta, pero en realidad era una adolescente. Se inspiró libremente en Tracy Berkowitz, una glamorosa joven de dieciocho años que vivía en la misma cuadra. Pero a diferencia de Tracy, Pansy era sabia y tranquilizadora y se preocupaba por mí. No me sentía tan sola como para trastornarme, como para pensar que Pansy era real. No hubo ruptura psíquica, ni travesuras sobrenaturales. Era absolutamente consciente de que yo era real y Pansy era imaginaria.

Hasta que, un día, dejó de serlo. Iba de camino a casa desde la escuela. La imagen que se había cernido tan grande a los seis años, para cuando yo tenía nueve, había sido relegada a unos minutos de atención antes de irme a dormir, donde la imaginé dándome un beso de buenas noches. Era el final de la primavera, hacia el final del año escolar. El sol brillaba y el zumbido del verano ya estaba en el aire, las moscas y los grillos y los sonidos lejanos de los Trans Ams y los Camaros en la ciudad. Caminaba a casa desde la escuela, por una cuadra de casas blancas y pulcras con parches de césped verde, cada una casi idéntica a la siguiente. Caminaba despacio, sin prisa por llegar a casa, ni a ningún otro lugar. La calle estaba vacía, excepto por una mujer al final de la cuadra, parada en el cruce como si estuviera esperando a alguien.

Sin interés me fijé en la mujer de la esquina. A medida que me

acercaba, se volvió hacia mí y sonrió. Al principio pensé que era Tracy Berkowitz. Pero no, recordé, Tracy, soltera, se había mudado a la ciudad meses atrás con su novio policía. La mudanza fue un escándalo menor en la cuadra y no se olvidó.

La mujer de la esquina me miraba fijamente. Tenía un desorden de pelo negro y una bonita sonrisa rosada. Recuerdo su piel, perfectamente bizsca con un brillo suave y translúcido, como una foto retocada de una revista.

Era Pansy

Mi corazón latía como un colibrí en mi pecho. Entré en una especie de pánico, los pensamientos caían uno encima del otro sin orden. No podía ser ella. Pero así fue.

Cuando llegué a la esquina, ella se puso delante de mí y me detuve. Se agachó, apoyándose las manos en los muslos. El sol brillaba directamente en su rostro, pero no parpadeó ni entrecerró los ojos.

"Hola Amanda", dijo. Su voz tenía un tono claro y dulce como el de un violín. Todos mis temores se disiparon cuando escuché esa voz.

"¿Puedes verme, Amanda?", preguntó.

Justo en ese momento, un gruñido de Pájaro de Fuego pasó a toda velocidad por la calle transversal, tocando la bocina. Instintivamente parpadeé y me volví hacia él, durante medio segundo o menos. Cuando me di la vuelta, ella ya no estaba.

Tenía la edad suficiente para saber que esto era imposible, lo que acababa de suceder, y que solo los locos creían en eventos imposibles. Enterré el recuerdo tan profundamente que no resurgió hasta que comenzaron los sueños.

Por cierto, mi padre y Noreen murieron cuando yo estaba en mi segundo año de universidad. Estaban buceando frente a la costa de Jamaica y quedaron atrapados en un arrecife de coral y se ahogaron.

Le conté a Edward toda la historia, sobre la mujer que había visto de niño y los sueños que había tenido.

"Así que viste a una mujer, cuando eras niña, que se parecía a tu amiga imaginaria, y anoche tuviste un sueño sobre ella". Ed tenía un cierto tono de voz, escéptico y un poco condescendiente, lo que le hacía sonar como un padre cuya hija llegaba tarde a casa del baile de graduación. No era una de sus cualidades más atractivas.

"¿Pero quién era esa mujer? ¿Por qué sabía mi nombre?

– Probablemente fue esa mujer Stacy.

– Tracy. Pero no era Tracy, era Pansy".

Ed suspiró. "Así que fue Pansy", dijo.

"Oh, olvídalo".

Edward dejó el papel y extendió la mano hacia el otro lado de la mesa, que le di a regañadientes.

"Alex y Sophia dijeron que podíamos usar su casa en la playa el último fin de semana de septiembre. ¿Quieres ir?

—Claro.

Alex y Sophia eran viejos amigos de Ed. Un par de veces al año nos daban las llaves de su casa de playa en las afueras de la ciudad.

"Los dos necesitamos relajarnos", dijo Ed.

No se volvió a hablar de pensamientos ni de pesadillas durante el resto de la mañana. Tal vez Ed tenía razón, pensé: Pansy nunca tuvo dientes puntiagudos, y nunca la vi desnuda. Naamah tenía los ojos más grandes. Pansy era más bajita. Pero a medida que avanzaba el día y sus rostros entraban y salían de mi mente, estaba seguro de que las dos mujeres eran la misma. Naamah podría haber sido Pansy, solo unos años mayor. Pansy podría haber sido Naamah, vestida y maquillada para una fiesta de disfraces.

Y, además, estaba contento con el sueño, en cierto modo. Volver a ver a Pansy fue como la visita de un viejo amigo. Estaba molesto con Edward, pero lo superé rápidamente. Al fin y al cabo, tenía razón. Estaba estresado y necesitábamos relajarnos. De alguna manera, eso explicaba los extraños sueños: el estrés. En cuanto a lo que había visto en la calle ese día cuando tenía nueve años, me dije a mí mismo que Ed tenía razón. Al fin y al cabo, debía de ser Tracy.

Podríamos dedicar nuestras vidas a dar sentido a lo extraño, lo inexplicable, lo coincidente. Pero la mayoría de nosotros no lo hacemos, y yo tampoco.

En general, Ed y yo éramos felices, el uno con el otro, con el loft, con nuestras carreras. Él trabajaba en el departamento financiero de una gran corporación de ropa femenina, yo era arquitecto en una pequeña empresa, y nos fue bastante bien. No nos faltó de nada. Nos amábamos, y aún no estaba claro que la fase de lucha en la que estábamos se hubiera convertido en una tendencia.

Tenía veintiocho años cuando conocí a Edward. Me sentí afortunado de haberlo encontrado. Era un hombre en el que se podía confiar, un rubio sano y de huesos grandes. No había esqueletos en su armario. Una gran familia de católicos no muy observantes. Todas sus neurosis obvias y posiblemente problemáticas (en su mayoría descendientes de crecer como un hijo del medio, pensé, nunca recibiendo suficiente atención) se canalizaron en un deseo de éxito, que me pareció atractivo. No le gustaban los deportes ni la televisión nocturna, dos grandes ventajas. Tenía una buena mente para los detalles, una buena memoria y una determinación para cumplir con su palabra: si decía que iba a llamar a las tres, lo hacía a las tres. Sin sorpresas. Eso resumió bastante bien a Ed, sin sorpresas. Así que cuando, después de salir durante dos años, Ed dijo que quería que nos mudáramos juntos, y que si todo iba bien, que nos casáramos uno o dos años después, supe que hablaba en serio. Había estado viviendo en un pequeño apartamento de una habitación en el centro de la ciudad durante tres años. Mi apartamento era lindo y tenía su propio encanto, pero no era lo suficientemente grande para dos. Así que me mudé a la casa de Ed, una habitación en un moderno edificio de apartamentos cerca de mi oficina. La casa de Ed era un poco estéril, tenía una alfombra de color crema terrible de pared a pared y demasiados muebles laminados, pero si todo iba bien, planeábamos comprar nuestra propia casa dentro de unos años.

Dos años después de habernos mudado juntos, nos casamos en una pequeña ceremonia privada en el ayuntamiento. Era eso o una gran explosión, que a los dos nos pareció un poco de mal gusto: Edward tenía cinco hermanos y hermanas y docenas de primos, tías, tíos, sobrinas y sobrinos, además de nuestros amigos, socios comerciales, etc. En lugar de invitarlos a todos, no invitamos a nadie. Fuimos al ayuntamiento por la mañana, nos casamos y después salimos a almorzar a nuestra casa de dim sum favorita con unos amigos. Poco después empezamos a buscar una casa para comprar, y encontramos el loft.

POR SUPUESTO, nuestra vida juntos no siempre fue perfecta. Todas las parejas discuten y nosotros no fuimos diferentes. Había algunas cosas sobre Ed, cosas pequeñas, que me volvían loco. Por ejemplo, era casi compulsivamente pulcro: un trozo de papel en la mesa de café durante más de uno o dos días lo molestaba. También era dado a una rigidez que podía ser ligeramente repulsiva, como la de un anciano soltero inglés: si no había pan blanco en rodajas finas para las tostadas por la mañana, podía estar de mal humor durante horas. Y no se desviaba bien de un plan: no era de los que se perdían por el campo, ni de los que daban largos paseos sin rumbo por la ciudad. Y el hecho de que cuando Ed masticaba chicle se lo tragaba en lugar de escupirlo... por alguna razón indefinible que me repugnaba sin fin. Y las tostadas, y la tapa de pasta de dientes que absolutamente debe ser reemplazada de inmediato, y las camisas que tenían que ser dobladas para igual, y todas las otras pequeñas rutinas que tenían que seguirse todos los días. A lo largo de seis años, sin embargo, me había acostumbrado a una cierta cantidad de irritación, como estoy seguro de que todos los cónyuges hacen, y estas eran pequeñas discusiones y decepciones que no interrumpían el flujo constante de nuestro matrimonio. Cuando empezamos a discutir un poco más de lo habitual, cuando los hábitos y rituales de Ed empezaron a irritarme un poco más a menudo, estaba seguro de que pasaría.

Al principio era sutil. No es que todo saliera mal de una vez. Supongamos que estás mirando una botella de whisky. Y una parte de ti dice: "Caramba, realmente me gustaría un sorbo de ese whisky".
Entonces otra parte interviene y dice: Bueno, no deberías, tienes que conducir a casa, y sabes que el whisky engorda mucho. Y luego una tercera parte dice: "Solo bébelo". Esta voz mental es nueva, es un sonido que no estás acostumbrado a escuchar en tu propia cabeza, pero tampoco es tan diferente, ha hecho un buen trabajo imitando tu propia voz silenciosa y te gusta lo que dice. Vamos. No te detengas. No pienses. Será divertido. Solo bébelo. Ahora.

No adivinarías que la tercera parte no fuiste tú. Probablemente solo beberías el whisky.

EN MARZO empecé a fumar de nuevo, lo que nos dio más motivos para pelear. Había renunciado cuando me mudé por primera vez con Ed. Dijo que era alérgico al humo. Pensé que nunca había aprendido a

apreciar el olor amargo y penetrante, como el de una chimenea humeante, de un cigarrillo encendido. Pero sabía que era lo mejor, y en privado me avergonzaba un poco de mí misma por violar mi cuerpo día tras día. Así que lo dejé. Vivir en el nuevo apartamento ayudó. Nada de ceniceros. No había una mesa de cocina de formica donde me sentara y hablara por teléfono, con un cigarrillo en la mano. Un nuevo apartamento, una nueva vida, nuevos hábitos. Tuve algunas sesiones con un acupunturista y no fue demasiado difícil, solo triste, como un viejo amigo que se muda de la ciudad.

Empecé a fumar de nuevo un lunes gris y lluvioso. Estaba a la hora del almuerzo, comiendo un sándwich en una pequeña cafetería cerca de mi oficina. Tenía un periódico abierto frente a mí, pero no estaba leyendo. En cambio, escuché a escondidas a la pareja que estaba a mi lado. Tenía más o menos mi edad, tal vez un poco más joven, y tenía el pelo rubio recogido en un moño. Era mucho mayor y parecía fuera de lugar, más acostumbrado al tipo de restaurante que tenía una carta de vinos y un maître. Hablaron de un viaje al Caribe. Cuando me levanté para irme, mis ojos se cruzaron con los de ella. Me dedicó una sonrisita maliciosa, casi un guiño, y luego encendió un cigarrillo. El humo rodó unos centímetros hasta mi mesa, y cuando el olor me golpeó, me debilité. Observé a la mujer, con su atención dirigida a su compañero, inhalar profundamente y luego exhalar, enviando más humo amaderado en mi dirección. Era claramente una fumadora de larga data; El cigarrillo cabía en su mano, tan natural y práctico como un sexto dígito. Como una mujer hambrienta que mira un filete, quería ese cigarrillo. Me imaginé lo fácil que sería: Disculpe, ¿tiene otro cigarrillo? Lo siento, ¿puedo molestarte por un cigarrillo? ¿Puedo engañar a uno de esos? ¿Tienes un extra? Dame uno. Dámelo.

Salí del café, con la intención de distraerme con el cambio de escenario. Pero afuera, donde la lluvia caía en una llovizna fina y constante, parecía que todas las personas con las que me cruzaba tenían un cigarrillo en la mano, ya sea encendiendo uno, fumando uno o apagando uno. Y los fumadores se veían tan felices, tan sanos, tan satisfechos con su hábito de fumar. ¿Cómo es posible, me pregunté, que todo este tiempo he pensado que fumar era sucio y tóxico? Mira a estas personas, ¡están resplandecientes! Los lemas de los cigarrillos pasaban por mi cabeza. Una mujer delgada con una gabardina negra inhaló profundamente de un largo Waverly: The Smoker's Choice. Un hombre de mediana edad, en forma, con un traje de tres piezas, encendió una recta de Texas: The Tasteful Smoke. Probé los ejercicios de respiración que el acupunturista me había enseñado, pero con cada inhalación traía el sabor crujiente del tabaco quemado. Regresé al bloque de adoquines donde estaba mi oficina, con la esperanza de encontrar alivio. Era aún peor. En cada puerta había una persona con

un cigarrillo, con brasas encendidas en cada dirección. Kensington: el cigarrillo suave. Fairfax: el sabor refrescante. Embajada significa disfrutar de fumar. Lowes significa más placer de fumar. Estaba casi en la oficina, y sabía que una vez dentro del aire purificado estaría bien, pero tenía un obstáculo más que saltar. En la puerta del edificio había una mujer pequeña y pálida, de pelo largo y negro, con un ajustado vestido negro. Estaba fumando una Midwood Medium, mi favorita. El humo satisfactorio.

Me paré frente a la mujer del cabello negro. Sería muy fácil preguntar, pero no, no lo haría. Abrí la boca para decir: "Disculpe", para poder abrirme paso hacia la seguridad de mi oficina. Pero cuando abrí la boca y puse en movimiento mis labios y mi lengua, descubrí que no eran míos en absoluto. En mi mente hice la x de disculpe en la parte superior de mi garganta, pero la punta de mi lengua llegó a la parte ósea de mi paladar superior para decir: "¿Tienes otro cigarrillo?"

"Claro", dijo la mujer con una sonrisa. Metió la mano en su bolso en busca de la cajetilla y de un libro de cerillas, sacudió un cigarrillo y me lo tendió.

Y así empecé a fumar de nuevo. Traté de convencerme a mí mismo con un círculo de suposiciones; Había pedido un cigarrillo, así que debía de querer un cigarrillo. Falta de fuerza de voluntad. Mis deseos subconscientes habían anulado mi superyó. Di vueltas y vueltas durante una semana antes de aceptar el hecho de que estaba fumando de nuevo, y tendría que vivir con eso o pasar por otra larga abstinencia. Y Edward también tendría que vivir con eso.

Tardó un tiempo en darse cuenta de eso. Cuando encontró por primera vez un paquete de cigarrillos en mi bolso, se sintió pura decepción. Era mi salud, dijo, estaba muy preocupado por mi salud. Cuando eso no funcionó, fueron las alergias, que hacía mucho tiempo que había aprendido que no necesitaban tantos mimos como Ed nos hacía creer. Sus argumentos cayeron en saco roto. Disfrutaba fumando de nuevo. Me sentía más yo mismo. Pensé que podría seguir fumando por el resto de mi vida. A continuación, su campaña cobró un poco de crueldad; Olía mal, mis dientes se estaban poniendo amarillos, fumar era asqueroso, de clase baja. Estos no eran atributos que me molestaran particularmente, y me di cuenta de que tampoco molestaban a la mayoría de los hombres que conocí. Suplicó, gritó, finalmente, se rindió.

Me sentí maravillosa, como si mi viejo amigo estuviera de vuelta en la ciudad. Algo así como volver a ver a Pansy, después de todos esos años.

Ahí estaban los tapping, y las peleas, y el fumar, y los sueños, y nunca se me hubiera ocurrido vincularlos si no hubiera sido por un error, o lo que parecía un error en ese momento. Había pedido un libro a una pequeña editorial fuera del estado, Design Issues Past and Present, que esperaba que me inspirara un poco con un proyecto en marcha. Llegué al desván una lluviosa noche de abril contento de encontrar un paquete esperando junto a la puerta. Pero cuando subí las escaleras y abrí la caja, vi que habían enviado el libro equivocado: Posesión demoníaca pasada y presente. Una decepción, pero nada por lo que llorar. Puse el libro sobre la mesita de café, me olvidé de él y me puse a preparar la cena.

Después de la cena, me senté en el sofá. Ed llegó tarde otra vez. Por aburrimiento tomé el libro accidental, Posesión demoníaca pasada y presente.

En la primera página había un pequeño cuestionario: ¿Estás poseído por un demonio? 1. Escucho ruidos extraños en mi casa, especialmente por la noche, que los miembros de la familia me dicen que solo ocurren cuando estoy presente.2. Tengo nuevas actividades y pasatiempos que parecen "fuera de lugar", y hago cosas que no pretendía y no entiendo.3. Soy bajito y malhumorado con mis amigos y seres queridos.4. Puedo entender idiomas que nunca he estudiado y tengo la capacidad de saber cosas que no podría saber a través de medios ordinarios.5. Tengo desmayos no causados por drogas, alcohol o una condición de salud preexistente.6. Tengo pensamientos nuevos inusuales, o escucho voces en mi cabeza.7. He tenido visiones o sueños de personalidades que pueden ser demonios.8. Un psíquico, ministro u otro espiritista me ha dicho que estoy poseído.9. Tengo ganas de lastimar o matar a los animales y a otras personas.10. He herido o matado animales o personas.

* * *

En la página siguiente había un análisis de los resultados del cuestionario. Había sacado un cuatro sobre diez; había ruido en nuestro apartamento, había empezado a fumar de nuevo, había estado peleando con Ed y había estado teniendo sueños extraños.

> 0-3: Probablemente no estés poseído. Consulte a un médico o profesional de la salud mental para que lo evalúe. 3-6: Es posible que estés embrujado o en las primeras etapas de posesión. No te alarmes. Busca la ayuda de un consejero espiritual. 6-10: Estás poseído. Consulte con su consejero espiritual de inmediato. Usted

> puede ser una amenaza para su seguridad y la de su familia
> La posesión generalmente comienza con una etapa preliminar llamada "obsesión": la obsesión del demonio con la víctima. En esta etapa, la víctima todavía está sola en su cuerpo, pero los cinco sentidos, y además la memoria y la mente, pueden ser manipulados y perturbados por la Entidad. La víctima puede sentir lujuria, envidia, codicia o impulsos hacia cualquiera de los pecados con más fuerza que nunca. Es común que la víctima escuche al demonio en forma de golpecitos, golpecitos o arañazos que parecen seguirlos; También es común que la víctima tenga sus sueños infiltrados por la Entidad Poseedora.

Dejé el libro y cogí una biografía de Frank Lloyd Wright que llevaba meses queriendo leer. Pero a las pocas páginas, tan silencioso como un ratón y ruidoso como un disparo, allí estaba de nuevo.

Toque-toque.

Ese mismo ruido molesto. Pero esta noche estaba más claro. Ahora que lo escuché con atención, estaba seguro de que no eran las pipas en absoluto. Y era demasiado fuerte para un ratón.

Toque-toque. Toque-toque.

Empezaba a inquietarme. Me puse de pie y caminé por el apartamento. Nada. Era igual que antes; el sonido siempre estaba cerca, pero nunca exactamente donde estaba mirando. Si estaba en la cocina, era en el dormitorio. Si iba al dormitorio, parecía que venía del baño. Me di por vencido y volví al sofá. Cogí una revista de la mesa de centro. Las minifaldas volvían a estar de moda.

Toque-toque.

Estaba cada vez más inquieto. Nunca antes había sido tan ruidoso. La lluvia afuera soplaba contra las ventanas y traté de decirme a mí mismo que el sonido era solo la lluvia, golpeando el vidrio. O las tuberías. O un grifo.

Toque-toque. Toque-toque.

A solas en el tranquilo apartamento, escuché que no era un golpeteo en absoluto. Más bien como un golpeteo de deshuesador. Continuó con un tatuaje constante alrededor y alrededor del apartamento. Sonaba como pasos, pasos que arañaban como un perro o un gato corriendo rápidamente sobre un piso de madera, garras raspando la madera.

Deshuesador-golpeador, deshuesador-golpeador.

Por supuesto que no eran pasos. Nadie vivía encima de nosotros y obviamente no había nadie en el apartamento conmigo. El sonido se hizo más fuerte, más cercano. No podían ser pasos. Por mucho que sonaran a pasos no había manera, era absolutamente imposible, ni siquiera debía dejar que se me pasara por la cabeza que el sonido pudiera ser pasos. Me quedé mirando la revista. Los slingbacks eran

los zapatos que había que llevar con las nuevas minifaldas.

Deshuesador-golpeador, deshuesador-golpeador.

El sonido que no eran pasos se acercó. Daba vueltas y vueltas alrededor del sofá. Dejé de fingir que leía la revista. Estaba frente a mí, caminando de un lado a otro frente al sofá.

Deshuesador-golpeador, deshuesador-golpeador.

Se detuvo justo delante de mí. No podía moverme. Estaba seguro de que estaba hiperventilando. En ese momento escuché un ruido a mi izquierda y grité.

Ed. Acabo de Ed, volviendo a casa.

La volví a ver en un sueño esa noche. Estaba sentado en el sofá, escuchando el tap-tapping, como lo había hecho aquella noche. Miré al suelo y vi un par de pies. Pequeños y perfectos pies blancos que parecían materializarse de la nada.

Levanté la vista. Por encima de mí vi un ojo negro y brillante. Ella estaba parada justo frente a mí y, sin embargo, era como si estuviera mirando a través del ojo de una cerradura. No pude verla de golpe. Vi una nariz blanca y regordete, y luego, en una vista separada, los labios rosados se envolvieron alrededor de unos dientes blancos y puntiagudos. Si miraba su pequeño pie blanco, perdía de vista todo lo que estaba por encima de la rodilla. Si miraba su mano, todo lo que veía era una mano, con uñas largas y sin pulir.

—No pelees, Amanda —dijo con sus labios rosados—.

La habitación se oscureció. Estaba cayendo, deslizándome fuera de mí mismo en una cálida y húmeda negrura. Me llevó a la playa carmesí. Nos tumbamos en la arena y vimos a los peces saltar dentro y fuera del mar de rubíes. Aquí pude verla claramente, como un todo.

"Yo te elijo a ti", dijo.

—¿Nunca te irás? —pregunté.

"Nunca", dijo ella. "Nada puede sacarme".

Me rodeó con sus brazos y me apretó contra ella. Nuestras costillas se aplastaron y nuestros huesos de la cadera se golpearon y ella me apretó más hasta que no pude respirar, me estaba ahogando, y mi columna vertebral se encontró con la de ella, vértebras contra vértebras.

No me molesté en leer el resto de Demon Possession Past and Present en ese momento. Pero lo puse en la estantería en lugar de devolverlo como había planeado. De todos modos, razoné que era demasiado tarde para que el otro libro fuera útil ahora: el proyecto debía entregarse en unos pocos días y nunca llegaría a tiempo. Además, tal vez algún día sería bueno para reírse.

Y OTRA cosita graciosa que noté. Después de esa noche, de ese sueño, nunca volví a oír el golpeteo en el apartamento, y Ed tampoco.

El sábado por la mañana decidimos conducir al centro de la ciudad para hacer algunos recados. Ed se había quedado sin sus pastillas para la alergia. No los necesitaba todos los días, pero era importante tenerlos a mano en caso de que se encontrara con un gato descarriado o una fresa renegada. Necesitaba una botella de acondicionador para el cabello y también había estado pensando en un nuevo cepillo de dientes. Teníamos la intención de comenzar a verificar los precios de los lavavajillas: el viejo dejó una fina capa de suciedad dentro de las tazas de café. Y había un restaurante tibetano cerca donde nos gustaba almorzar. En el coche discutíamos sobre a qué farmacia ir. Como todas las parejas, habíamos desarrollado nuestro propio lenguaje, una taquigrafía de asociaciones y recuerdos.

—¿Vamos a ver al italiano?

"Demasiado caro. ¿Quieres ir a la casa de la loca?"

"No tienen mi acondicionador allí. ¿Qué tal el lugar con los calcetines?"

"Odio ese lugar. ¿Qué tal el lugar grande?"

—¿Qué lugar tan grande?

"El nuevo, cerca del restaurante francés de mierda".

"¿Qué restaurante francés de mierda?"

– Aquella en la que fuimos con Marlene, y ella se llevó la sopa con...

—¡OH! Correcto, correcto, correcto. Cerca del lugar tibetano".

—Correcto.

"Claro, vamos allá".

En la gran farmacia, a un cuarto de cuadra de la ciudad, Ed esperaba en la fila para surtir su receta mientras yo encontraba mi cepillo de dientes y luego mi acondicionador. Con tiempo para matar,

navegué por la sección de cosméticos. Estaba mirando un lindo lápiz labial rojo cuando Ed me encontró. Tenía sus pastillas. Pagamos y nos fuimos a almorzar al restaurante tibetano.

Al salir de la farmacia oímos un pitido rápido y agudo.

"Da un paso atrás". Un guardia de seguridad adolescente nos ordenó que volviéramos a través de la alarma. Ed y yo pusimos los ojos en blanco y volvimos a entrar en la tienda. Después de un gesto de asentimiento del guardia de seguridad, volvimos a salir.

Bip-bip-bip.

El guardia hizo un gesto con la mano para que volviéramos a entrar. Volvimos a entrar.

"Abran sus maletas, por favor".

Volvimos a poner los ojos en blanco. Ed abrió su bolso, que contenía las pastillas, el cepillo de dientes y el acondicionador, y buscó a tientas en su bolsillo el recibo. El guardia asintió con la cabeza y luego dirigió su atención a mi bolso. Lo mantuve abierto con un suspiro exagerado. Miró dentro de la bolsa y metió una mano para hurgar en el contenido: cartera, llaves, trozos de papel, monedero de cambio. Al cabo de un minuto sacó la mano, con un tubo negro de lápiz labial entre el pulgar y el índice. Estaba sellado en plástico transparente y tenía una amplia tira de alarma blanca envuelta a su alrededor.

"¿Tienes un recibo para esto?"

Lo miré fijamente, conmocionado. "Eso no es mío".

—Le voy a pedir que venga conmigo, señora. Me puso la mano en el brazo para guiarme hacia la parte trasera de la tienda. Liberé mi brazo.

"¡Quita tus putas manos de mí!"

El guardia nos miró a Ed y a mí. "¿Quieres decirme cómo llegó este lápiz labial a tu bolso?"

"No tengo ni idea", le dije con sinceridad. "Debe haber caído. Lo estaba mirando, pero luego lo volví a poner. En serio, no tengo ni idea. Mira... —Abrí mi cartera, que contenía unos cuantos cientos de veintes—. "¿Crees que robaría un lápiz labial de cuatro dólares?"

"Está en tu bolso", dijo.

—Escucha —dijo Ed—. Lo pagaremos. ¿Cómo es eso?

"¡Pero ni siquiera lo quiero!" Protesté.

Ed me ignoró y miró al guardia, con una mirada de "vamos, aquí estamos todos los hombres". "Lo pagaré".

Después de una pausa dramática, el guardia de seguridad asintió. Nos acompañó de regreso al cajero, donde Ed pagó el lápiz labial, y luego nos fuimos.

Fuera de la tienda nos miramos unos a otros con asombro, sacudiendo la cabeza mientras caminábamos hacia el restaurante tibetano. Encendí un cigarrillo y, por una vez, Ed no frunció el ceño.

"No puedo creerlo", dije. Realmente no podía. "No he robado nada desde séptimo grado". Cuando tenía doce años y mi madrastra dijo que era demasiado joven para el maquillaje, me fui a robar en una tienda, que terminó cuando me atraparon con las manos en la masa con un delineador de ojos de contrabando.

—A lo mejor lo puso ahí —dijo Ed—. Pensé que no ibas a armar un escándalo.

"¿Por qué querría hacer eso?"

Nos quedamos en silencio por un momento, contemplando las posibles motivaciones de un guardia de seguridad deshonesto.

Ed se encogió de hombros. "Debe haber caído, como dijiste".

"Sí. Supongo que cuando lo volví a poner en el dispensador, se volvió a caer".

—Debe haberlo hecho.

"Debe tener".

"Sí. Debe haberlo hecho".

Primero Ed se echó a reír, luego yo. ¡Casi me arrestan en la farmacia, por un lápiz labial de cuatro dólares que ni siquiera había querido! Le contamos la historia una y otra vez a amigos y compañeros de trabajo, e incluso a la madre de Ed, por teléfono. Era demasiado gracioso. Histérico. Y aún más gracioso fue que al final me alegré de tener el lápiz labial; Era un rojo oscuro y ladrillo que nunca hubiera comprado, lejos de mi habitual marrón neutro y rosado, pero durante el resto de ese verano y otoño usé el lápiz labial rojo casi todos los días y cuando se acabó, a mediados de noviembre, volví a la misma farmacia y robé otro tubo.

Unos días más tarde pasé por un bar con un agujero en la pared entre mi oficina y el tren. Había pasado por allí cien veces antes sin pensarlo dos veces. De repente quise tomar un trago. Un trago, pensé. Sólo una. Hacía años que no me detenía en un bar, solo, a tomar una copa. Me paré frente a la puerta. Se veía sucio por dentro. Un trago, pensé. Solo un trago rápido.

Una hora más tarde estaba tomando mi tercer tequila, sentado en la barra con un hombre cuyo nombre había olvidado al instante cuando se me presentó. Tenía más o menos mi edad, el pelo negro corto y desaliñado y una cara atractiva y ligeramente arrugada. Sus brazos estaban envueltos en tatuajes; Pez dorado japonés con ojos saltones y una sirena con una cara dulce y olas y olas de agua en el medio. Este era el tipo de hombre que me gustaba cuando tenía poco más de veinte años, antes de conocer a Ed.

"¿Qué tal cuatro?", dijo el camarero. Asentí con la cabeza. El hombre con el que estaba sentado sonrió. Tenía una sonrisa única en la vida. El camarero nos dio dos tragos más.

Miré alrededor de la habitación. En su mayoría hombres, en su mayoría tatuados como mi compañero de copas. Una banda se montaba o desmontaba en un rincón de la sala.

"Puedes beber", dijo el hombre.

"Puedo", respondí, pero no me sentí borracho en absoluto. Feliz de estar fuera, divirtiéndome.

Llegué tarde a casa y Ed, naturalmente, estaba preocupado y enojado a partes iguales. No me molesté en disculparme, ni siquiera en inventar una mentira muy convincente.

—Trabajé hasta tarde, cariño.

Edward se enfurruñó, sentado en el sofá en calzoncillos y una camiseta interior. "Estaba preocupado. Podrías haber llamado.

Lo ignoré y fui al dormitorio a desnudarme. Con un kimono rojo volví al baño y me di un baño, ignorando de nuevo a Edward cuando pasé por la sala de estar.

Que se preocupe, me dije. Déjale ver cómo es, sentado solo, mirando el reloj, esperando a que tu cónyuge regrese a casa. Me acosté en el agua caliente y vertí media botella de baño de burbujas de lirio de los valles, un regalo de cumpleaños de Ed que había estado guardando para una ocasión especial. Mi columna vertebral y mi cuello se relajaron en el agua caliente y suave. Sabía que tendríamos una pelea después de salir de la bañera. Ed me preguntaba cuál era mi

problema y yo le decía que no tenía ningún problema y él decía que estaba seguro de que actuaba como si tuviera un problema. Entonces diría que supongo que el problema es que piensas que un miembro de la familia puede ir y venir a su antojo, mientras que el otro tiene que rendir cuentas de cada minuto de su tiempo. Y él me decía: ¿Dónde diablos estabas esta noche? Y yo diría que en la oficina, como dije. Llama y comprueba si quieres. Y miraba el teléfono en su pequeño escritorio junto a las estanterías, sentado allí como una, y luego me miraba a mí. Olvídalo, decía. Bien, diría yo. Bien, decía. Nos íbamos a la cama fríos y no volvíamos a calentarnos hasta la mañana siguiente, o la noche siguiente durante la cena.

DOS SEMANAS después. Otra noche en casa. Otra cena para llevar, compartida tarde. Nos habíamos reconciliado con el último reventón, pero todavía había un escalofrío entre nosotros, una advertencia educada que reemplazó al afecto. Después de cenar nos sentamos juntos en el sofá y desaparecimos en nuestros mundos separados. Un documental sobre la Segunda Guerra Mundial estaba en la televisión. El verano había llegado rápidamente y hacía tanto calor en el desván que Ed, que vestía inmaculadamente incluso en casa, dejó su habitual pijama de algodón de verano en la cómoda y se puso solo un par de calzoncillos limpios de rayas blancas y azules y una camiseta blanca. Llevaba puesta una camisola delgada y otro par de sus calzoncillos limpios de rayas blancas y azules. Edward hojeó una revista. Hojeé un libro sobre diseño de muebles de mediados de siglo.

Encendí un cigarrillo. Edward puso los ojos en blanco suavemente. Habíamos llegado a un acuerdo por el que yo seguiría fumando en el desván al mínimo, una concesión a las trágicas alergias de Ed. Lo ignoré. Fumaba y miraba mi libro, medio escuchando la televisión. El cigarrillo estaba en su lugar habitual, entre el primer y el segundo dedo de mi mano derecha.

Pensé: ¿Y si le pego a Edward con este cigarrillo?

Todo el mundo tiene pensamientos como este de vez en cuando: ¿Qué pasaría si quemara a mi marido? ¿Y si lo empujo por este precipicio? ¿Qué pasaría si saltara de este techo? El pensamiento vino a mi cabeza y luego desapareció con la misma rapidez. Me llevé el cigarrillo a los labios para dar una última calada. Luego, en mi mente, lo bajé para sacarlo en la pequeña taza de natillas blancas que usé como cenicero. Muy bonito, francés, habíamos recibido un juego de seis como regalo de bodas, no recuerdo de quién. Lo que sí sé es que nunca, ni antes ni después, hice una natilla. En mi mente, mi mano se movió hacia la mesa y apagó el cigarrillo en la pequeña taza blanca.

Mis dedos, con una manicura marrón descascarada, estaban en mis labios, el filtro marrón suspendido entre el primer y el segundo dedo de mi mano derecha. Di la última calada y luego solté los labios. Supuse que mi mano bajaría a la mesa y apagaría el cigarrillo.

No fue así. En lugar de eso, mi mano giró rápidamente hacia la derecha y clavó el cigarrillo encendido en la pierna de Edward, un centímetro por encima de su rodilla izquierda.

—gritó—. Grité. Corrí a la cocina en busca de hielo y Edward no paraba de gritar. Se levantó del sofá de un salto gritando un sangriento asesinato.

"¡Mierda! ¡Joder! ¿Para qué coño hiciste eso? ¿Qué demonios te pasa?

Me quedé sin palabras. Edward volvió a sentarse, todavía maldiciendo. Me senté a su lado y sostuve una bolsa de guisantes congelados sobre la quemadura. Los gritos se convirtieron en un murmullo, y luego en silencio. Cerró los ojos y se echó hacia atrás.

"¿Qué pasó?", preguntó, después de unos minutos. No estaba realmente enojado. Simplemente conmocionado.

"No lo sé", le dije. – No era mi intención.

"Por supuesto que no era tu intención", dijo. —Lo sé.

"No sé qué pasó. Mi brazo simplemente se movió. No era mi intención. ¿Cómo te sientes?

"Terrible", respondió. "Duele muchísimo".

—Lo siento.

"No te arrepientas". Se acercó y me alborotó el pelo de la parte superior de la cabeza. "Fue un accidente".

"Te amo", le dije.

"Yo también te quiero", respondió.

"No sé qué pasó. Es como si se moviera solo".

"Tal vez sea tendinitis. La esposa de Julián lo tenía en el hombro y ni siquiera podía levantar el brazo. Solía fracasar por todos lados".

—No lo creo. Le dije. "Mi hombro se siente bien".

—Te has retorcido —dijo Edward—. "Un espasmo".

Sabía que no era tendinitis. Mi brazo no se había caído. No se había resbalado, no se había crispado, no se había caído. Se había movido por sí mismo. Se había movido con un movimiento controlado, alejándose del cenicero y acercándose a la pierna de Edward.

Edward no dijo nada, y yo tampoco. No había nada que decir.

Al día siguiente de quemar a Edward, saqué de la estantería Posesión demoníaca pasada y presente y volví a hacer el pequeño cuestionario. No es que me lo tomara en serio. No es que yo creyera ni por un

momento algo tan ridículo como que un demonio o diablo estuviera influyendo en mi vida.

> ¿Estás poseído por un demonio? 1. Escucho ruidos extraños en mi casa, especialmente por la noche, que los miembros de la familia me dicen que solo ocurren cuando estoy presente.2. Tengo nuevas actividades y pasatiempos que parecen "fuera de lugar", y hago cosas que no pretendía y no entiendo.3. Soy bajito y malhumorado con mis amigos y seres queridos.4. Puedo entender idiomas que nunca he estudiado y tengo la capacidad de saber cosas que no podría saber a través de medios ordinarios.5. Tengo desmayos no causados por drogas, alcohol o una condición de salud preexistente.6. Tengo pensamientos nuevos inusuales, o escucho voces en mi cabeza.7. He tenido visiones o sueños de personalidades que pueden ser demonios.8. Un psíquico, ministro u otro espiritista me ha dicho que estoy poseído.9. Tengo ganas de lastimar o matar a los animales y a otras personas.10. He herido o matado animales o personas. Esta vez obtuve un cinco. 0-3: Probablemente no estés poseído. Consulte a un médico o profesional de la salud mental para que lo evalúe. 3-6: Es posible que estés embrujado o en las primeras etapas de posesión. No te alarmes. Busca la ayuda de un consejero espiritual. 6-10: Estás poseído. Consulte con su consejero espiritual de inmediato. Usted puede ser una amenaza para su seguridad y la de su familia. Leí un poco más: Algunos otros signos de posesión incluyen un cambio en la apariencia y cambios en la personalidad que pueden ser tan sutiles que incluso las personas cercanas a la víctima pueden no ser capaces de identificar la diferencia. En términos generales, es de esperar un aumento general en el comportamiento agresivo. Sin embargo, hasta las últimas etapas de la posesión, la víctima continúa con su vida cotidiana en gran medida intacta... Una habilidad psíquica repentina casi siempre está presente, y es de hecho uno de los primeros signos definitivos que hay que buscar en caso de duda. Otra característica común es la insaciable necesidad de ser deseado por miembros del sexo opuesto. Al salir de mi peluquería a la tarde siguiente, me encontré con una mujer que conocía. Bernadette Schwartz trabajaba en la compañía de Ed. Había sido modelo cuando era más joven y todavía lo parecía, alta y despampanante con un perfecto cabello castaño largo. La conocí un poco, a través de las fiestas navideñas de la empresa, y paramos a saludarnos. Me miró fijamente. "¿Qué es?", preguntó. Me miró con enormes ojos marrones, ahora feos y acusadores. —¿Qué es qué? "Tú. ¿Terminaste el trabajo?" —¿Trabajo? "Un lifting de ojos o algo

así. O tal vez tus dientes. Te ves diferente". —Eh. Me miré en un espejo frente a nosotros. Un espejo detrás de nosotros se reflejó en el primero y vi una casa de la diversión, un número infinito de espejos, cada uno con una foto mía. Me veía diferente; como si hubiera dormido bien por la noche, o incluso por un año de buenas noches. Mi piel estaba brillante y mis ojos brillantes. Toda mi cara estaba regordete, todas las pequeñas líneas de treinta y cuatro lisas como el satén. —Lo sé —dijo Bernadette—, ¡id_00001 eres regente! Me froté los ojos, sacudí la cabeza y volví a mirar al espejo. Mi verdadero rostro, un poco demacrado, me miraba ahora. Bernadette frunció el ceño. – ¿Nuevo corte de pelo? - aventuró ella, ahora menos segura de sí misma. —Solo un recorte —dije—. "Debe ser el clima. Esta humedad, siempre es buena para mi piel". Cuando salí de la estación de tren esa noche, el pastor alemán estaba esperando como de costumbre, sentado en silencio, como le había enseñado a hacer. La rutina era que no se ponía de pie para darme un beso (el único acto inapropiado que le permití) hasta que le hubiera dado su primera galleta. Fui a la esquina donde él estaba sentado. Por lo general, su cola ya se movía y había una gran sonrisa babeante en su rostro. Pero él se sentó, deprimido, como si yo no hubiera aparecido en absoluto. Apartó la mirada de mí y luego me atravesó. Saqué una galleta, con forma de hueso de dibujos animados, de mi bolso y se la tendí. Olfateó la galleta y me miró con sus grandes ojos llorosos, pero no la tomó. En lugar de eso, endureció la espalda y los hombros y me gruñó, mostrando una hilera de dientes amarillos cubiertos de placa. Dejé caer la galleta y corrí a casa. Cuando Ed llegó a casa, le conté lo que había pasado. "Bueno", dijo, "te dije que no te metieras con los vagabundos". Ed no creía que solo porque algo estuviera vivo, eso significaba que tenías que amarlo.

No me obsesioné con el incidente con el cigarrillo. No le di mucha importancia al libro. Ed lo había olvidado con bastante facilidad. Así que me había crispado. Me había resbalado. Había sufrido un espasmo. Era verano y con el sol tan brillante era difícil pensar en demonios, difícil pensar en dolor.

Pero dos semanas después, en la casa de los Fitzgerald, volví a tener un pequeño espasmo.

Había decidido ser arquitecto cuando tenía veinte años. Me había mudado a la ciudad cuando tenía dieciocho años, para ir a la universidad, y comencé con una especialización en arte. Estaba enamorado de mi escuela, de la ciudad, de la nieve. Yo venía de un suburbio del sur donde todas las estrellas eran visibles por la noche y el termómetro nunca bajaba de los cincuenta. Había pasado dieciocho años en continuo aburrimiento. Luego, cuando tenía veinte años, mi padre y Noreen habían muerto y no me habían dejado nada. Todo lo que podría y debería haber sido mío había sido devorado por los abrigos de piel y los tratamientos faciales de Noreen. Pasé por el laberíntico proceso de solicitar ayuda financiera y, como parte del trato, conseguí un trabajo en la oficina del Departamento de Arquitectura. Una cosa que noté sobre los arquitectos fue que vestían muchísimo mejor que los profesores de arte. Y conducían mejores coches. Y parecían mucho más propensos a tener cónyuges e incluso hijos. Así que me cambié al programa de arquitectura. Después de graduarme, trabajé para uno de mis profesores durante un año, luego me mudé a una gran empresa durante unos años, donde ni siquiera conocí a tres de los cuatro socios, y luego a Fields & Carmine, donde había estado durante los últimos tres años.

La casa Fitzgerald fue mi proyecto más grande hasta la fecha. Tenía grandes esperanzas; si todo salía según lo planeado, tenía la oportunidad de ganar un premio de la A.I.A. y tal vez una tirada en Design Monthly, además de recomendaciones de los Fitzgerald y sus amigos ricos. Si todo iba bien, entonces el plan más grande, abrir mi propia empresa, podría acelerarse por años.

El trabajo me recordó la frase de Miguel Ángel sobre esculpir un bloque de piedra; quitó todo lo que no era David. Los Fitzgerald, una simpática pareja de millonarios de mi edad, habían comprado una vieja mansión victoriana en una zona deteriorada de la ciudad. Incluso con un presupuesto ilimitado, no pudieron encontrar el espacio que querían en ningún otro lugar. La enorme casa victoriana se había convertido primero en tres apartamentos, y luego se había dividido en una casa de huéspedes de doce unidades. Podrías perderte durante horas imaginando quién se había alojado allí, pero no importaba. La

tarea que tenía entre manos era convertir la casa de huéspedes en una mansión. Trabajaba con un equipo de diseñadores, decoradores, fontaneros, electricistas, pintores, especialistas en aire acondicionado, carpinteros y carpinteros, y quitábamos todas las divisiones, adiciones y adornos que no eran la casa de los Fitzgerald.

Un miércoles por la mañana pasé por allí de camino a la oficina para ver cómo iba el trabajo. No había nadie más allí. Eran las ocho y media y los obreros no entraban hasta las nueve o diez. La casa estaba fría por dentro. Solo unos pocos rayos de luz se filtraban a través de las ventanas cerradas. Era silencioso y olía a polvo y yeso. Caminé por el primer piso. La mitad de los tabiques de las casas de huéspedes fueron derribados. Todavía no habían comenzado a limpiar y los escombros se amontonaban alrededor de los marcos de las puertas vacías y las vigas de acero. Con el tiempo, todas las paredes se derrumbarían y el primer piso sería como un loft dentro de la casa: cocina, comedor, sala de estar, todo en un espacio abierto.

Subí las escaleras, evitando el espeso polvo de la barandilla de caoba. La casa estaba sucia. Mis pasos resonaron en los interminables metros de paneles de yeso blancos. En el piso de arriba reconstruiríamos las habitaciones originales, cuatro de ellas, para lograr un buen equilibrio entre apertura y privacidad. Sería genial cuando tuvieran hijos. Por ahora, cada habitación seguía dividida en dos cubículos solitarios. Todavía quedaban algunas cosas de las encarnaciones anteriores de la casa: un yoyo con una cuerda rota en un rincón; una corbata marrón manchada colgaba de un gancho en la pared; Un zapato negro gastado permanecía en un pasillo.

Todo parecía estar bien. Bajé al primer piso y estaba a punto de irme cuando vi algo que no había notado antes. Un pomo de vidrio rojo en la puerta de la sala de estar.

Podría jurar que no había estado allí antes. De hecho, podría jurar que nunca había visto uno igual. Había notado algunos pomos de puertas de vidrio bonitos y claros alrededor de la casa, e incluso uno que era violeta. Nada especial. Pero un pomo de cristal liso de color rojo rubí, sin un rasguño ni una astilla, estaba seguro de que nunca antes había visto uno igual. En esta triste casa blanca había un rojo perfecto.

Lo quiero, pensé. Saqué el pequeño kit de herramientas que llevaba en mi bolso, solté los pequeños tornillos de la base de acero, lo saqué de su agujero y quité el pomo de la puerta en dos minutos. Lo metí en mi bolso y me fui.

No volví a pensar en ello hasta media hora después. Estaba esperando un tren que me llevara a la oficina cuando me di cuenta con horror de que había robado un pedazo de la casa de mis clientes. ¿Qué pasa si me descubren? ¿Qué pasaría si los Fitzgerald notaran que

faltaba el pomo de la puerta? Mi carrera se fue al infierno por el pomo de una puerta. Pensé en tirarlo. Sabía que debía traerlo de vuelta.

Pero no hice ninguna de las dos cosas. Lo quería y lo mantuve.

En casa instalé mi hermoso rubí nuevo en la puerta del baño. Ed llegó a casa más tarde esa noche, después de que yo estuviera en la cama, y no vio el nuevo pomo de la puerta hasta la mañana siguiente. Le dije que lo había recogido en una sala de exposición de diseño. Nos paramos frente a la puerta del baño, todavía en ropa interior. Frunció el ceño.

"No lo sé", dijo. —¿Crees que se va?

—Sí —dije—. "Va a la perfección".

Frunció el ceño. "Es rojo".

"Lo sé. Eso es lo que me gusta de él".

"Es brillante. ¿No crees que es un poco brillante?"

—Lo vamos a mantener —dije—. Ed me miró, con una pregunta escrita en su rostro. —Nos lo quedamos —dije de nuevo, y fui al dormitorio a vestirme.

Me dirigía al trabajo esa mañana cuando una limusina negra, del tamaño de dos sedanes, tomó una esquina demasiado cerca de la acera y me salpicó con agua de la alcantarilla. Sin pensarlo, me acerqué a la ventanilla oscura del coche, que ahora se detenía detrás de una línea de tráfico, y golpeé el frío cristal. No hubo respuesta. Volví a dar golpecitos, esta vez lo suficientemente fuerte como para hacer sonar el cristal en su marco. Un conductor con traje y gorra de ala de plástico bajó la ventanilla. Tenía la piel rosada y el pelo cobrizo recogido en una cola de caballo estrecha, con un bigote cobrizo para rematar. Me miró con el ceño fruncido.

—¿Sí?

—Deberías disculparte —dije—.

"¿Qué coño?", escupió el bigote.

—Deberías —repetí— disculparte. Ahora". Asomé la cara a la ventanilla y respiré el olor a cuero del coche limpio. El conductor tenía ahora dos opciones; Discúlpate o empújame. Hizo una mueca y maldijo en voz baja.

"Lo siento", escupió finalmente, chorreando sarcasmo. "Lo siento sinceramente. Ahora sal del coche".

Me puse de pie y él cerró la ventanilla. Cuando el vaso se acercó, vi mi reflejo. Distorsionado en el cristal, mi cabello se veía más largo y oscuro, mi piel más suave y mis labios tan rojos como el pomo de la puerta de rubí.

Estábamos en la arena carmesí junto al mar rojo sangre. Su nombre aún estaba escrito en la arena.

"Eres mía", dijo. Me lamió la mejilla con una lengua tiesa y húmeda como una serpiente.

La miré a los ojos. —¿Nunca te irás?

—Nunca. Me rodeó con más fuerza con sus brazos. "Nunca, nunca, nunca".

—¿Por qué a mí? —pregunté.

Ella no respondió. En lugar de eso, sonrió y me lamió la nariz en una delgada línea recta de abajo hacia arriba.

Cuando me desperté, todavía podía sentir el rastro húmedo de su lengua en mi cara.

Ed y yo tuvimos otra pelea a la mañana siguiente. Últimamente no había estado tan limpio y ordenado en la casa como de costumbre, lo que lo hizo subir por la pared.

—Amanda, por favor —dijo—. Estaba mirando una pila de ropa de ayer, dejada en el suelo del dormitorio. Estaba de pie en medio del dormitorio, con calcetines, ropa interior y una camisa oxford azul pálido, frunciendo el ceño ante la ropa.

Por lo general, los habría recogido y puesto en el cesto donde, después de todo, pertenecían. Esta mañana, sin embargo, no quería guardar la ropa. Por nada. Simplemente no quería.

—¿Sí? Le dije a Edward. Todavía estaba en la cama, o más bien de vuelta en la cama, me había despertado, había tomado una taza de café, un cigarrillo y un cenicero, y había regresado. Así que llegaba un poco tarde al trabajo. Importante.

"¡Amanda, esta ropa!" Ahora estaba claramente irritado, cambiando su peso de un pie a otro, dividido entre retrasarse uno o dos minutos y lidiar con la situación vital que tenía entre manos.

—¿Y ellos?

Ed frunció el rostro y me miró durante un largo momento de ansiedad. Parecía ridículo y era difícil contener una risita.

"¡Oh, olvídalo!", dijo, y recogió la ropa él mismo. No queriendo retrasar más su agenda, dejó el asunto de lado. Estaba seguro de que lo recogerían de nuevo cuando volviera a casa esa noche.

Poco a poco, las conexiones comenzaron a unirse. Una luminosa mañana de verano estaba sentado en una mesa de conferencias, revisando los planos de la casa de campo de Linda Marcello por enésima vez. Linda Marcello fue cliente de Fields & Carmine durante mucho tiempo. Estábamos renovando su casa de verano en el norte del estado. Linda era difícil; Quería luz en la sombra, quería una habitación de color marrón oscuro para sentirse "aireada", quería una terraza sin medios de apoyo visibles. Soñaba despierto con estar al aire libre, en el parque o tal vez en la playa. Mi mano, moviéndose para señalar un vestidor, rozó la suya. Cuando nuestra piel se tocó, vi a Linda en su cabaña, en la habitación marrón que no era nada ventilada, sentada en el sofá de terciopelo marrón. Lo vi tan claramente como una película rodando ante mis ojos. Se sentó en el sofá sin hacer nada, esperando a que su marido volviera a casa. Tenía que volver a casa hacía horas. El aburrimiento era insoportable. Miró alrededor de la habitación. ¿En qué había estado pensando, con el marrón? Podría volver loca a una persona, esta habitación. A ella le hubiera gustado salir, pero él no estaría contento si llegaba a casa y ella no estaba. Luego la película se detuvo y comenzó una nueva película; Volví a ver a Linda, diez años más joven, en un acogedor y desordenado apartamento de paredes blancas con otras dos mujeres jóvenes. Se reían y bebían vino, no podía distinguir todas las palabras, pero era el tipo de conversación de unión / queja que tienen las mujeres jóvenes cuando hablan de hombres. Todos habían querido casarse con ricos. Linda lo había hecho.

Todo el episodio había durado solo un segundo. Linda no tenía ni idea. Ahora sabía lo que tenía que decir.

—¿Viste el periódico hoy? —pregunté. Linda negó con la cabeza. "El caso de Marsha Merkon finalmente se cerró. Ya sabes, la modelo, quiero decir ex modelo, que estaba casada con el jefe de Bluechip Securities".

—¿En serio? Linda se dio la vuelta y me miró con gran interés, creo que era la primera vez que me miraba. Este fue uno de esos grandes casos de divorcio con suficiente dinero y acusaciones espeluznantes involucradas para aparecer en los titulares de los tabloides en los días de noticias lentas. Sabía que Linda habría estado siguiendo el caso.

"Sí. Consiguió veinte millones. Y sabes que ni siquiera tiene cincuenta años. Ahora tiene veinte millones de dólares y toda la vida por delante. ¿Sabes lo que dijo?

—¿Qué? —preguntó Linda.

"Que se habría divorciado de él sí o sí, aunque no hubiera conseguido nada. Que se sentía más joven de lo que se había sentido

en diez años".

"Eh", dijo ella. Ahora sonreía, con los ojos casi tan brillantes como los que había tenido en aquel pequeño apartamento destartalado con sus amigas. "Sabes que la conocí un par de veces, en fiestas. No era en absoluto como los periódicos la pintaban. Era una mujer muy agradable. De hecho, hablamos de almorzar alguna vez".

"Bueno, este es probablemente un buen momento para llamarla", dije. "Puedes llevarla a celebrar".

—O puede sacarme a mí, con sus veinte millones —dijo Linda, riendo—.

A la noche siguiente, pagando dos filetes, tocando la mano del carnicero, vi una casa limpia y cálida donde vivía con su esposa y sus dos hijos pequeños. El hombre que me vendió el café de la mañana, lo vi unos días después, me odiaba. Nos odiaba a todos, iba a nuestros trabajos fáciles en cómodas oficinas mientras se levantaba a las tres de la mañana para servirnos nuestro preciado y jodido café.

Esta nueva visión tuvo altibajos durante el resto del verano, y nunca estuve seguro de qué hacer con ella. La mayoría de las veces, ignoraba las instantáneas que cobraban vida ante mis ojos cerrados, las descartaba como fantasía: siempre había soñado despierto.

No se lo dije a Ed. Era un agnóstico devoto, y creía que cualquier cosa que oliera a metafísica o a lo sobrenatural era un galimatías.

El pastor alemán siguió ignorándome. Todas las noches se sentaba fuera de la estación de tren, esperando, y no me reconocía cuando llegaba. Ed también conocía al perro, e informó que cuando llegaba a casa cada noche, dos o tres horas después que yo, el perro todavía estaba esperando. Ed se detenía y acariciaba al grandullón y reconocía a Ed como siempre lo había hecho: solo a mí ya no conocía a mí.

—¿DÓNDE HAS ESTADO? Era James Cronin. Un lunes por la tarde en Fields & Carmine. James tenía el escritorio al lado del mío y nunca nos habíamos llevado bien. Con James todo era una competencia; Ahora quería empezar por ver quién almorzaba más corto.

"La cafetería", le dije, "que me den una hamburguesa".

—¿Durante dos horas? —preguntó James, levantando las cejas.

Puse los ojos en blanco. "¿Qué dos horas? Salí a la una y ahora es... —Miré mi reloj—. A las tres de la tarde. Eso no podía estar bien. Me agaché para mirar el reloj que había sobre el escritorio de James. Se burlaron. A las tres de la tarde.

Mi mente dio un paso hacia atrás y luego hacia adelante, tratando de darle sentido a la situación. Había ido a Pete's a comer una hamburguesa, luego al puesto de revistas de la esquina y luego había vuelto al trabajo. Había mirado mi reloj en el camino de regreso y había visto cinco. Una hora.

Imposible. Pero aquí estaba yo. James me miraba con sus grandes ojos grises. Sentí como si el suelo debajo de mí ya no fuera estable sino que se inclinara, hacia un lado y luego hacia el otro. Mi mente se detuvo para reorganizarse. Entré en un modo de emergencia en el que lo primero fue lidiar con James Cronin.

—Oh, sí, me fui a la una —le dije a James, como si no lo hubiera dicho un momento antes con un tono completamente diferente—. "Tenía algunos recados".

Me di la vuelta y me senté en mi escritorio. Volví a repasar la hora, no, dos horas, en mi mente. Primero había ido a la cafetería a comer una hamburguesa. Estaba la camarera de siempre, la morena cansada. Mientras comía leía el periódico, que dejé en la cafetería cuando terminé. Luego me dirigí al puesto de revistas de la esquina, al final de la cuadra. Eché un vistazo a algunas revistas femeninas antes de coger Architectural Record. Había un pequeño artículo sobre mi empresa en la columna Nuevo y Notable. Por supuesto, teníamos una copia en la oficina, pero quería mostrársela a Ed. Miré mi reloj, menos veinte menos dos. Tiempo de sobra. Hojeé algunas revistas femeninas, un placer culpable. Y entonces:

"Oye, oye. No puedes leerlos aquí. Compre o no compre. Nada de leer".

Me volví. Era el hombre que dirigía la tienda.

"Bueno, estoy comprando, estoy comprando esto y estoy decidiendo sobre estos otros". Estaba enojado, pero solo por un segundo o dos. Hombre ridículo. ¿Cómo podría la gente saber qué comprar si no miraban primero? Pensé en lo absurdo de la situación: un hombre que estaba convenciendo a los clientes de que no compraran en su tienda.

Probablemente volvía a casa todas las noches preguntándose por qué no vendía más revistas.

Y otra vez: "Compra o no compres. Vamos, señora. Me habría ido, pero había estado buscando esa revista durante una semana, se vendía principalmente por suscripción y no era fácil de encontrar en un quiosco. Me acerqué al mostrador.

"Sabes que eres muy grosero, ¿cómo se supone que una persona va a comprar sin mirar primero a tu alrededor?" Pagué con billetes de cinco dólares y dos cuartos.

"Si no te gusta, vete. No necesito esto".

Me enojé más. Todo lo que quería eran unas cuantas revistas y aquí estaba este abuso. "Me voy y no volveré".

Me di la vuelta y me fui. Lo escuché detrás de mí: "Puta de mierda".

Lo ignoré. Qué loco. ¿Cómo llega una persona así a dirigir un negocio? Encendí un cigarrillo y fumé unas cuantas caladas. Todavía estaba enojado, aunque me daba vergüenza. Debería estar por debajo de mí, tomando en serio a este estúpido que odia a las mujeres.

Miré mi reloj. Quedaban quince minutos. Si caminaba el largo camino de regreso al trabajo, tomaba las calles en lugar de la avenida, eso llenaría el tiempo muy bien. Podría fumar otro cigarrillo y relajarme. Mañana estresante, problemas con los electricistas de la casa de los Fitzgerald y ahora esta ridícula pelea con un extraño. Estaba a punto de salir a la calle cuando una mujer pasó corriendo, o tal vez un hombre con el pelo largo, a la velocidad del rayo, y casi me derriba. Tropecé y luego me contuve. Mensajeros de mierda.

Y luego un chapuzón. Había cerrado los ojos por un segundo, un parpadeo en anticipación de ser golpeado por el mensajero. Cerré los ojos y hubo un bajón, un bajón o una caída de la conciencia. Tenía un cigarrillo en la mano, el aire olía caliente y sucio en la esquina, el mensajero pasó corriendo, perdí el equilibrio, tropecé y luego, apenas podía recordarlo, vi negro y perdí la sensación de mis pies en el suelo.

Pasó tan rápido como llegó, y allí estaba yo, al frente, en la tienda de revistas de la esquina. El cigarrillo había desaparecido. Por supuesto, no suele recordar haber apagado un cigarrillo, ni siquiera un paquete al día. Es decir, veinte veces al día apagas un cigarrillo.

¿Dónde estaba la revista? Miré alrededor de mi escritorio. Ahí no. En mi mente volví de nuevo al quiosco de revistas. Después de que el mensajero pasara corriendo, negué con la cabeza y me tomé un segundo para orientarme. Solo un pequeño momento de mareo. Caminé por las calles laterales de regreso al trabajo, fumé otro cigarrillo, me detuve a admirar un hermoso rosal rojo en un patio delantero. Me detuve a mirar mi reloj antes de volver al edificio. Cinco a. Lo que esperaba. Pero sólo había comprobado el minutero largo, no el minutero corto. Entonces, ¿dónde estaba la revista? No lo

tuve en el camino de regreso al trabajo. Recordé haber buscado en mi bolso cigarrillos y encendedor y tener ambas manos libres. Ni cigarrillo, ni revista.

Le di vueltas en mi mente durante unos minutos antes de que se me ocurriera una respuesta: me había desmayado. Esa era la única posibilidad. Cuando pensé que sólo había tropezado, evitando al mensajero, me había desmayado. Había estado fuera durante una hora, me enderezé y luego regresé al trabajo sin saber que había sucedido, sin llamar la atención de un solo transeúnte, y luego me olvidé de todo. Sentada en mi escritorio, sopesé una visita a la sala de emergencias. No, ahora estaba bien.

Era como si la gente de esta ciudad no se detuviera a ayudar. Por supuesto, el vendedor de revistas lo habría visto todo a través de la puerta, pero ciertamente no habría movido un dedo para ayudarme. Llamé a Edward a la oficina, pero estaba fuera. El resto del día transcurrió sin incidentes y a las seis me fui a casa. Había un mensaje de Ed en el contestador automático diciendo que volvería a llegar tarde. Comí un tazón de cereal en la mesa de la cocina y casi me olvidé de haberme desmayado, hasta que fui al dormitorio y comencé a desnudarme, poniéndome el pijama para la noche. Debajo de mi chaqueta, en el hombro izquierdo de mi camisa blanca, había un ramillete de pequeños puntos marrones.

Parecía sangre. Lo suficiente, de hecho, como para que no hubiera nada más que sangre. Mi mente volvió a dar vueltas. Entonces recordé el almuerzo en la cafetería, una hamburguesa rara. Misterio resuelto. La mancha era del almuerzo. Había transmitido un fino chorro de sangre de una hamburguesa cocida alrededor de mi chaqueta y sobre el hombro de la camisa debajo, luego me desmayé, me enderecé y me olvidé de ello. Tan simple como eso.

Edward llegó a casa a las nueve, con una bolsa de comida mexicana para llevar para cenar y un montón de disculpas. Le conté lo que había pasado y, conmocionado, me interrogó con toda la calidez de un médico de urgencias: ¿Qué había comido? ¿Me estaba viniendo la regla? ¿Había dormido bien la noche anterior? ¿Cómo me sentía ahora?

—¿Por qué me interrogas? —grité—. Me sentía bien, me veía bien, finalmente lo convencí de que estaba bien.

No fue hasta unos días después que vi las noticias de la televisión. Ed seguía trabajando. El sol acababa de ponerse y una luz gris entraba por las ventanas, encontrándose con el azul del televisor en el centro de la habitación. Estaba sentada en el sofá a punto de comer otra cena para llevar, pad thai y ensalada de papaya.

Una cara vagamente familiar apareció en la pantalla del televisor. De mediana edad, hombre, nada atractivo. ¿De dónde lo conocí?

"Kareem Singh fue enterrado hoy", dijo una voz de mujer. Corte a un funeral en un barrio pobre de la ciudad. "El dueño de un quiosco fue asesinado con un cúter el lunes por la tarde en lo que la policía cree que fue un intento de robo".

Claro. El gilipollas del revistero. Horrible. Pero no me sorprendió la forma en que había actuado. Probablemente le dijo algo equivocado a la persona equivocada. Y yo había estado allí el lunes, debe haber sido justo antes...

Por un instante, por un instante de tiempo, se me ocurrió la idea. Pero tan pronto como se encendió la chispa, se apagó de nuevo. Imposible. Los noticieros televisivos seguían adelante, cortados, y yo también.

No fue hasta meses después que miraría hacia atrás y me daría cuenta de que, muy probablemente, yo mismo había matado al vendedor de revistas.

Ese fin de semana fuimos al Museo Asiático para ver una rara exhibición de muebles japoneses Meiji, los favoritos de Edward. Después de caminar por la exhibición, tuvimos un almuerzo elegante en la cafetería del museo, ensalada de berros y sándwiches de salmón sin corteza, un poco demasiado elegante, supongo, porque poco después volvimos a tener hambre y fuimos a caminar por el parque en busca de perritos calientes y pretzels.

En el parque nos encontramos con Alex y Sophia y su hija de seis años, Claire. No me gustaban Alex y Sophia. Todo lo que podía molestarme de Ed se amplificaba en Alex y Sophia. Trabajaban en finanzas, de alguna manera, y ganaban toneladas de dinero. Su apartamento era repugnantemente impecable e insípido, con una alfombra blanca absurda: pagaban a una mujer para que entrara y fregara dos veces por semana.

Afortunadamente tenían a Claire, así que tuve algo de entretenimiento cuando nos conocimos. Mientras Ed y sus amigos hablaban sobre el ascenso de Alex, que se suponía que iba a ser interesante, Claire y yo caminamos hacia el lago para ver a los cisnes. Los cisnes eran hermosos, pero podían ser peligrosos, le expliqué a Claire mientras caminábamos. Mientras no se sintieran amenazados, le dije, estaban bien. Pero si nos acercáramos demasiado a los pájaros, intentarían morder.

Cuando llegamos al agua, nos quedamos allí durante uno o dos minutos, observando cómo cuatro cisnes blancos se arrancaban las plumas con sus duros picos anaranjados. Entonces Claire se volvió hacia mí, no exactamente hacia mí, sino en mi dirección, un poco a mi izquierda. Lo hizo unas cuantas veces más, y miré a mi alrededor para ver si pasaba algo interesante. Pero sabía que una niña pequeña podía encontrar fascinante una brizna de hierba inusual o una tapa de botella fuera de lugar, así que no lo pensé demasiado.

Entonces Claire se volvió hacia mí de nuevo. "¿Estás seguro?", preguntó.

—¿Seguro de qué, cariño? He dicho.

Ella me ignoró. —Está bien —dijo Claire—. Y luego me soltó la mano y corrió a la orilla del agua y extendió su mano hacia el cisne más cercano. El pájaro dobló su largo cuello hacia Claire con una mirada desagradable en su rostro. Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Corrí detrás de Claire, la levanté y salté hacia atrás. El pájaro se contoneó por la orilla del río detrás de nosotros.

"¡Oye!" Le grité al cisne. "¡Vete a la mierda!" Se detuvo y miró con sus ojos brillantes. Corrí con Claire en mis brazos como un saco de patatas por el terraplén. Después de unos metros, la dejé en el suelo y

caminamos de regreso hacia sus padres.

"Claire, ¿por qué hiciste eso?"

Apretó las cejas e hizo un puchero. "¡Ella me dijo que lo hiciera!" Lloró. "¡Ella dijo que podía!"

"¿De qué estás hablando? Nadie te dijo que hicieras nada".

"¡Ella!" —dijo Claire con frustración—. Señaló mi lado izquierdo, más o menos en el mismo ángulo que había estado mirando antes. — Tu amigo.

—¿Quién, cariño?

"La señora que siempre está contigo", dijo. Claire hizo un puchero y miró al suelo.

Cuando regresamos a nuestro pequeño grupo, le dije a Sophia que Claire había estado diciendo mentiras.

ESANOCHEelegí Posesión demoníaca pasada y presente y volví a realizar el cuestionario. Esta vez obtuve un siete.

> 0-3: Probablemente no estés poseído. Consulte a un médico o profesional de la salud mental para que lo evalúe. 3-6: Es posible que estés embrujado o en las primeras etapas de posesión. No te alarmes. Busca la ayuda de un consejero espiritual. 6-10: Estás poseído. Consulte con su consejero espiritual de inmediato. Usted puede ser una amenaza para su seguridad y la de su familia. Consulte la página de RECURSOS para encontrar un profesional calificado en su área.

Sor María, consejera espiritual, fue la profesional más cercana en mi área. ¿Qué podría doler? Me pregunté. Siempre había tenido curiosidad por visitar a un psíquico, solo para ver cómo lo hacían, los trucos que podían usar, las preguntas capciosas, porque, por supuesto, no había nada de eso. Por supuesto, yo no creía en psíquicos, ni en espiritistas, ni en demonios, ni en diablos. En el mejor de los casos, esta María podría ser una persona inteligente con una fuerte intuición que podría darme una pequeña idea de los cambios que vi que estaban ocurriendo en mí mismo en los últimos meses. Tómate un tiempo para relajarte, imaginé que me diría. Toma un poco de vitamina C. En el peor de los casos, sería bueno para reírse. Usé mucho esa frase ese año, bueno para reírme. Y la palabra curioso. Eso es lo que le diría a Ed si se enterara de que yo no estaba en la casa de los Fitzgerald ese día, como le había dicho: era solo para reírse, le diría. Tenía curiosidad.

En el extremo norte de la ciudad, donde estaba la tienda, la oficina o la clínica de la hermana María, no sabía qué esperar: las calles estaban llenas de tapas de botellas y envoltorios de comida rápida y agujas hipodérmicas usadas. Las ventanas de los conventillos en ruinas estaban agrietadas, faltaban algunas y fueron reemplazadas por madera de balsa o tableros de partículas. Pero no carecía del todo de encanto: un anciano se sentó en una silla plegable frente a su puerta, sombrero en mano, y me deseó un buen día. En la pared de una tienda de comestibles noté una pequeña placa de la Comisión de Monumentos Históricos; Había sido el sitio de un famoso club nocturno de jazz en los años treinta. Un lento sonido de big band fluyó a través de una ventana abierta. Accompaneme, cantaba la mujer, ven conmigo. Una multitud de niños jugaba a la rayuela en medio de una calle. Al final de la calle, un grupo de adolescentes se sentó en una escalinata y fingió ignorar a los grandilocuentes adolescentes de la calle que las rodeaban.

En el número 77 había una tienda con una Virgen de yeso de tamaño natural en el escaparate. Llevaba una peluca negra y un vestido blanco, y a sus pies había un cuenco de agua con monedas en el fondo. El cristal estaba limpio y la calle de enfrente estaba bien barrida. Sonó una campanilla cuando abrí la puerta. En el interior había una pequeña tienda llena de estantes como una tienda de comestibles, excepto que no estaba muy seguro de lo que había en los estantes. Frascos de hierbas. Cuartos de galón de líquidos verdes y marrones etiquetados con números. Aceite para venir a mí, jabón para sacar dinero, spray para bendecir la casa, polvo para pies calientes, vinagre de cuatro ladrones, agua de Florida, aceite de San Cristóbal.

Velas con forma de hombres, mujeres, gatos y perros. Pirámides de Lucite llenas de amuletos de la suerte y bolas de cristal anticuadas de varios tamaños. Detrás de una vitrina de medallones y amuletos había un adolescente, un en llamas con vaqueros ajustados de diseñador y un anillo de plata en el labio inferior. Sonrió y me preguntó si podía ayudarme.

"Estoy aquí para, eh, para ver a la hermana María".

Fue a la parte trasera de la tienda, abrió una puerta y me llamó en un idioma que nunca había oído antes, tal vez portugués, pero de alguna manera sabía lo que significaba.

—Una mujer blanca ha venido a verte —dijo—. "Nunca la había visto antes".

"Envíala de inmediato", le respondió la mujer. "Entonces cierra la puerta y vete a almorzar".

LA TRASTIENDA era más o menos lo que esperaba que fuera una sala de lectura de bajo alquiler; Paredes cubiertas de terciopelo rojo intenso, una mesa de cartas plegable con más terciopelo encima, anclada en su lugar con una bola de cristal, una taza para leer hojas de té, un bolígrafo y papel, y una baraja de cartas del tarot. A la mesa estaba sentada una mujer cinco o diez años mayor que yo, con piel de nuez moscada y bonitas facciones escondidas detrás de un maquillaje barato. Vestía jeans azules y una chaqueta de mezclilla ajustada. Me hizo un gesto para que me sentara en una silla plegable frente a la suya. Me senté.

Tenía curiosidad. Sería bueno para reírse.

"¿Cómo te llamas?", preguntó. Le dije. Lo anotó en el papel e hizo un cálculo rápido.

—Tu número es siete —dijo—. Tomó la baraja de cartas del tarot y colocó siete de ellas sobre la mesa. La Muerte, La Torre, La Reina de Oros, La Luna, Cinco de Espadas, Ocho de Espadas, Los Amantes. No tenía ni idea de lo que significaban. María miró las cartas durante unos minutos, luego volvió a mirarme con las cejas juntas, y luego volvió a mirar las cartas.

"Alguien te está observando", dijo finalmente. "Ella está justo a tu lado. Hermoso, pero negro. Mal. ¿Has intentado deshacerte de ella?

Esto no era tan bueno para reírse. Esto era menos gracioso por el momento. —¿Quién es? —pregunté.

"No es un quién", respondió María. "Es un qué. Un demonio. La veo; Tiene el pelo largo y negro y los dientes puntiagudos".

—¿Estás seguro de que es un demonio?

María asintió. "Nadie más tiene un aura negra como esa. ¿Así que

no has tratado de deshacerte de él?"

Negué con la cabeza. —No lo sabía.

—¿De verdad no sabías lo que era eso? —preguntó María. Su voz era sospechosa. Tuve una sensación de nerviosismo enfermizo mientras me miraba; Me recordó a estar en la escuela sin haber hecho mi tarea. Sentí como si me hubieran atrapado en algo travieso.

"No", le dije. "¿Cómo se suponía que iba a saberlo?"

María volvió a mirarme con los ojos torcidos, como si no se creyera del todo mi excusa. "Hay que hacer exactamente lo que digo, es muy importante. Te voy a dar un lavado. Número cinco. Durante tres noches seguidas lo viertes sobre ti mismo mientras oras. Ora a Dios para que te ayude. Luego lo dejas de usar durante tres días y luego lo vuelves a usar durante tres días. Úsalo hasta que se acabe la botella. No la hará desaparecer, pero limpiará tu espíritu para que puedas luchar mejor contra ella. Pero lo más importante es que nunca, nunca te rindas. Si le das aunque sea un centímetro, tardará cien millas".

"¿Y si no funciona?" —pregunté.

"Siempre funciona".

—¿Y si no es así?

"Ella te poseerá. Probablemente ya haya empezado. No todo a la vez. No te perderás de golpe. Pero poco a poco. Por eso tienes que hacer exactamente lo que te digo".

—Comprendo —prometí—.

María se puso de pie y yo estaba claramente despedido. En la tienda, saldé la cuenta con el joven que había regresado y me miraba con curiosidad. Me entregó una gran jarra de líquido fino de color gris verdoso en el que flotaban algunas hojas y ramitas y algunas bayas pequeñas que parecían granos de pimienta. En una etiqueta blanca con letras negras estaba impreso: "NÚMERO #5: LUCHA CONTRA DEMONIOS".

La hermana María me había tenido hechizada, pero en casa era fácil que todo el asunto volviera a ser bueno para reírse. Excepto que no me estaba riendo, y tampoco se lo conté a nadie más. Pero pensé que también podría usar el lavado. Es decir, no podía hacer daño. No es que hiciera nada, por supuesto, pero no estaría de más. Froté la etiqueta cuidadosamente mecanografiada con aceite vegetal, de modo que si Ed se fijaba en la botella, podía decirle que era un baño de burbujas. Me quedé en la bañera, desnuda, y le pedí a Dios que me ayudara mientras vertía el líquido sobre mi cabeza. Olía a regaliz y me picaba ligeramente donde goteaba en mis ojos. Mantuve la boca cerrada para no tragar nada, me había olvidado de preguntar sobre

eso. Extendí los brazos y dejé que la colada se deslizara por mi cuerpo, dejando un rastro de piel de gallina donde fluía.

No pasó nada. No estaba segura de si se suponía que debía enjuagarme después o simplemente dejarlo secar en mi piel, pero olía fuerte, así que tomé una ducha tibia rápida, luego me sequé y me puse el pijama y pasé el resto de la noche pagando facturas y viendo televisión.

El pastor alemán estaba esperando de nuevo en la estación de tren unos días más tarde, mirando a través de mí. El idiota ya ni siquiera sabía quién era yo.

"Vete", le espeté. "Sal de aquí".

El perro me miró y yo le devolví la mirada. Realmente lo odiaba ahora, esta estúpida bestia, mirándome con esos grandes ojos acusatorios de chocolate.

—Vete —volví a gritar—. Señalé hacia el terreno baldío de nuestro vecindario, en la dirección opuesta a nuestra casa. Sin dejar de mirarme, bajó los hombros y levantó la cola, como si estuviera estirando la espalda. Luego saltó hacia mi mano extendida y me mordió.

Grité, más por la conmoción que por el dolor. La piel de mi mano estaba apenas perforada, y se sentía más como si se me hubiera caído un libro en la mano de lo que había imaginado que se sentiría una mordedura de perro. Luego se acostó con la cabeza entre las patas y gimió. Ahora, por fin, el viejo adagio se había hecho realidad. Me tenía más miedo a mí que yo a él.

"¡Vete a la mierda!" Grité. El idiota se levantó y salió corriendo. Me fui a casa, me lavé las manos, las envolví en un paño de cocina blanco y limpio y llamé a Ed, con la esperanza de que me llevara a la sala de emergencias. Él no estaba, así que llamé a un taxi para que me llevara. Cuando llegué al hospital, me dolía al menos tanto como había imaginado que me dolería una mordedura de perro. Volví a probar con Ed. Todavía está fuera. Durante tres horas me senté en la sala de espera y traté de adivinar qué les pasaba a las otras personas que esperaban. Algunos eran obvios —tos seca, apéndices hinchados—, pero la mayoría tenía que adivinarlos. Finalmente me condujeron a un pequeño cubículo de examen brillantemente iluminado, donde un médico lavó la herida y luego me preguntó si conocía al perro que me había mordido.

—¿Por qué? —pregunté.

"Porque si no lo haces, tienes que ponerte dos inyecciones ahora, otra en tres días, otra en siete, otra en catorce y otra en veintiocho. Cada vez que hay una mordedura de un perro desconocido, existe la posibilidad de rabia".

"¿Qué pasa si estoy muy, muy seguro de que este perro no tiene rabia?" —pregunté.

—Si no conoces al perro —dijo con irritación—, no estás muy, muy seguro. La única forma de evitar las inyecciones es obtener una muestra de cerebro del perro. Ahora esto va a doler".

El médico me aplicó una inyección con una aguja gruesa en la mano

derecha, cerca de la mordedura, y luego otra inyección en la parte superior del brazo. Los disparos dolían más que la mordedura.

Era obvio que una muestra de cerebro no podía provenir de un perro vivo. Bien, pensé al principio, le sirve bien al estúpido hijo de puta. Entonces pensé en ese viejo perro tonto, el tipo que solía ser mi amigo, mi mejor amigo, cómo nunca dejó de intentar seducirme, incluso después de que dejé claro que estaba casado. No pude. Así que al tercer, séptimo, decimocuarto y vigésimo octavo día después de la mordedura fui al consultorio del médico para recibir inyecciones más dolorosas, y nunca volví a ver al perro.

Cuando llegué a casa a las once de la noche, Ed estaba en un estado de desesperación, furioso por haberlo dejado preocuparse. Cuando le expliqué dónde había estado y le mostré las feas marcas rojas de pinchazos en mi mano, cedió y mostró la simpatía apropiada.

—Pero en realidad —dijo, después de besarme la mano—, deberías haberme llamado.

Estábamos sentados en el sofá, acurrucados muy cerca. Suavemente tomó mi mano mordida. Durante unos minutos habíamos vuelto a estar enamorados. Amigos otra vez. Y ahora esto. Quiere una disculpa, pensé. "Lo intenté", le dije. —Dos veces.

"Aun así, cariño, estaba preocupado".

¿Dónde estaba? Pensé. —Lo intenté —dije—. —¿Dónde estabas, de todos modos?

Ed hizo una mueca. "¿Qué quieres decir, dónde estaba? Trabajando, ya lo sabes".

"Solo pregunto. Deberías conseguir uno de esos teléfonos celulares. En caso de emergencia. Hoy en día estás mucho tiempo fuera de la oficina".

Ed puso los ojos en blanco. "Siempre estoy mucho tiempo fuera de la oficina, Amanda, esa es la mitad de mi trabajo. Tú lo sabes.

Entonces, ¿por qué no comprar un teléfono? "Entonces, ¿por qué no comprar un teléfono?"

—¿Por qué, para que puedas vigilarme?

—No, no para poder vigilarte. Así que si me muerde un perro rabioso, puedes llevarme a la sala de emergencias".

Ed me soltó la mano. "¿Planeas hacer esto a menudo? ¿Molestar a los animales callejeros y luego contraer la rabia? Porque si es así, tal vez podamos vacunarte o algo así".

Nos sentamos rígidos en el sofá, uno al lado del otro. —Sí, Ed —le dije—. "Planeo hacer esto a menudo".

Cuando fui al Dr. Flynn para mi séptima vacuna contra la rabia, salió a la luz la historia de que me había desmayado unas semanas antes en el puesto de revistas. El doctor Flynn tenía mi edad y era rubio. Había sido la doctora de Ed durante años. La primera vez que la vi, el día después de mi viaje a la sala de emergencias, estaba inmensamente celosa. Ella no era a quien yo hubiera elegido para examinar a mi marido desnudo. Pero mi propio médico, Jeff Winston, había muerto de un derrame cerebral dos meses antes, y Ed se entusiasmaba con el Dr. Flynn.

Me hizo un examen físico completo, me sacó sangre para analizarla y me interrogó durante media hora sobre el día en que me había desmayado. ¿Qué había comido? ¿Cuándo lo había comido? ¿Tuve algún antojo extraño de comida? ¿Sueños extraños? ¿Pensamientos irracionales? ¿Había estado expuesto a algún producto químico tóxico? Y así sucesivamente.

Al final de todas las preguntas, pruebas, agujas y muestras, me dijo que tenía la presión arterial baja y que debía comer más sal. Me gustó el sonido del diagnóstico del Dr. Flynn. Todo podía explicarse, mi vida podía continuar. Todo lo que necesitaba era más sal.

Tomé el hecho de que la poción de la hermana María no había hecho nada como prueba de que nunca había habido nada malo. Por supuesto, solo había sido para reírse, de todos modos. Solo por curiosidad. Pero los sueños sobre una mujer en una playa roja continuaron igual. Y Ed y yo seguimos peleando, y yo seguí haciendo cosas como gritar a los taxistas y, de vez en cuando, volver a tomar una copa al bar donde me había bebido todo ese tequila. Una ola de calor se apoderó de la ciudad y todo el mundo estaba nervioso. Ed llegaba a casa todas las noches y se quejaba del calor y yo quería matarlo. Sabía que hacía calor. No necesitaba hablar de eso.

De vez en cuando pensaba en lo mucho que había cambiado en los últimos meses y era capaz de dar un paso atrás y mirar la situación y me horrorizaba. La vieja Amanda, la que yo había elegido para mí y cultivado durante años, asomaba la cabeza y gritaba.

Justo cuando estaba a punto de ver la verdad, cuando las piezas empezaban a encajar y casi podía ver que la situación estaba horrible, drásticamente, mal, la voz del demonio intervenía y me decía que no, que yo era la misma Amanda que siempre había sido. Solo que mejor.

Luego vino la fiesta del Hotel Earmark. El Earmark era un hotel de la Jet-set en el centro de la ciudad. Fields & Carmine había remodelado el vestíbulo, el restaurante y el bar, y todos estábamos invitados a la fiesta de reapertura. Ed, naturalmente, tenía que trabajar hasta tarde esa noche, así que tomé un taxi con las otras personas solteras de la oficina.

Estaba planeando quedarme a tomar unas copas, cumplir con mis obligaciones como miembro del personal de Fields & Carmine y luego irme. Pero la fiesta estaba en marcha y el hotel estaba lleno, y estaba claro que no habría entrada y salida rápida. La gente con la que había venido se alejó. Me encontré hablando con Tom y Bill Earmark, los hermanos dueños del hotel. Apenas los conocía: habíamos tenido una pequeña charla en la oficina y yo había asistido a algunas reuniones. Pero muy rápidamente Tom me llevó detrás de la barra para tomar un martini que él mismo preparó, para evitar la fila, y me mostró el nuevo espacio. Me tomó del brazo para guiarme a través de la multitud, y cuando me tocó el brazo tuve un destello de intuición: le gustas, siempre le gustas, desde la primera vez que te vio en la oficina, entrando por la puerta con una quemadura de sol en el puente de la nariz y el pelo suelto.

Entonces todo se volvió un poco borroso. Estaba hablando con Tom. Sus ojos, que siempre habían sido buenos, grandes, claros y de color gris azulado, mejoraron cada vez más. Bebimos martinis, pero yo no me emborrachaba. Cada vez estaba menos allí. Me estaba alejando, estaba hablando con Tom, no sabía de qué estábamos hablando, y sus ojos estaban mejorando cada vez más, al igual que sus pómulos, irresistibles, en realidad, y yo estaba hablando, no solo hablando sino coqueteando, coqueteando horriblemente, poniendo mi mano en el antebrazo de Tom y luego en sus hombros, echando la cabeza hacia atrás cuando me reía. Pero yo no estaba allí. Lo estaba viendo todo, podía verlo, pero no estaba dentro de mí. Todo era tan confuso, que capté fragmentos de conversación y sensaciones extrañas, como un fuerte olor a ginebra, la sensación de la música a todo volumen golpeando en mi pecho. Estaba viendo una película demasiado tarde en la noche, medio dormido, sin comprender la trama en absoluto. Estuvimos hablando y riéndonos, y luego hice un recorrido por la cocina vacía, solo. Luego nos metimos juntos en un ascensor. Su brazo estaba alrededor de mi hombro. Pensé que tal vez estaba aquí, en este ascensor con Tom, pero podría estar en un lugar diferente. Podría ser una persona diferente. Traté de controlar la situación, de ver con certeza quién y dónde estaba exactamente, pero no podía entenderlo, la situación se me escapaba de las manos y me quedé preguntándome,

inseguro.

Estábamos en el ático. Era un pequeño gran espacio, habitación separada a un lado, realmente moderna y sobria, todos los colores neutros y, por supuesto, estaba ese gran anonimato relajante del hotel. Era como mirar una fotografía, ver la habitación pero no estar en ella. Y luego estábamos en el sofá con una botella de vino y luego estábamos en la cama. Tom era hermoso sin ropa. Tom gritó, dijo mi nombre, vi rojo y escuché un rugido en mis oídos como un océano, no sabía quién ni dónde estaba...

Y entonces se acabó. Estaba de vuelta sólidamente en mi propio cuerpo, completamente presente, segura de mí misma y de mi entorno. Me senté en el borde de la cama, desnudo y temblando. Tom yacía en la cama, roncando un repugnante bufido de borracho. Estaba asqueado. Se me revolvió el estómago. ¿Cómo?, me pregunté, ¿cómo, cómo, cómo sucedió esto? Una cosa asquerosamente horrible. La cosa más asquerosa y horrible que había hecho en mi vida. Lo más rápido que pude me puse la ropa y salí corriendo a la calle, donde vomité una vez en la cuneta y luego tomé un taxi para que me llevara a casa.

Deambulando por los pasillos de un supermercado bien iluminado de la ciudad la noche siguiente, no pude quitarme de la cabeza la noche anterior. En el pasillo de la carne me detuve y miré los filetes. Le prepararía a Ed su cena favorita esa noche, bistec con salsa de champiñones, y comenzaría de nuevo, me volvería a entrenar para verlo como mi esposo, el hombre que había elegido amar y respetar por el resto de mi vida. Todas estas tonterías tenían que terminar. Ahora peleábamos casi todos los días. En un raro momento de lucidez vi que nos estábamos disolviendo como pareja, y que si no lo detenía ahora no habría nada que salvar.

Estaba comparando los precios de los chuletones cuando el demonio volvió a meterse en mis pensamientos. ¿Preparar la cena? —dijo—. Horas en la cocina y luego ni siquiera llegará a casa a tiempo y nunca lo apreciará. Además, Ed no ha cocinado para ti en mucho tiempo, no desde ese horrible lío de judías verdes que inventó hace meses y meses.

Dejé caer el bistec en su contenedor, abandoné mi carrito y salí del supermercado. El resto de la noche lo pasé comprando zapatos. Al demonio le encantaba ir de compras. Dos o tres veces a la semana sacaba mi tarjeta de crédito para pequeños lujos que luego, en casa, me confundían. ¿Por qué me había comprado una chaqueta de cuero cuando ya tenía dos en mi armario? ¿Qué me hizo pensar que necesitaba un vestido de cóctel rojo?

Llegué a casa esa noche con tres pares de zapatos de tacón alto y nada para comer. Cuando Ed llegó a casa a las ocho, sólo una hora más tarde de lo prometido, tuvimos una terrible pelea sobre por qué no había traído la cena a casa, lo cual, me recordó, yo había dicho que haría.

Al día siguiente fui a una librería, un lugar grande de varios niveles, sin aire y vacío tan temprano en el día. Eché un vistazo a algunos títulos; sintonía psíquica, realineación de chakras, limpieza del aura.

"¿Puedo ayudarte?"

Era la voz de una mujer adulta, no el habitual chillido de una empleada de una librería.

—No, gracias. Levanté la vista con una sonrisa. Pero no había nadie. Giré en círculo y miré a través de todo el pasillo. Nadie.

Volvamos a los libros. Miré algunos títulos más. Y luego...

"¿Estás buscando algo?"

Me di la vuelta lo más rápido que pude. Nadie. Sobre la parte superior de la estantería contigua vi la punta de una cabeza, con el pelo oscuro y espeso, que se precipitaba rápidamente por el pasillo contiguo.

Detrás de mí escuché un estallido. Grité y salté, dándome la vuelta. El choque no era más que un libro que se había caído de un estante superior al suelo. Inmediatamente me sentí como un idiota. Solo un libro. Dos jóvenes oficinistas se acercaron corriendo, un niño y una niña.

"¿Estás bien?", chilló el niño.

"Sí, acabo de caer. Me sorprendió. Lo siento".

La niña se agachó para recoger el libro. La Enciclopedia de los Demonios.

—En realidad —dije—. —¿Puedo...?

—Claro —dijo la muchacha—. Me entregó el libro. Lo agregué a la pila que ya tenía, pagué y me fui a casa a empacar; A la mañana siguiente nos íbamos a la casa de playa de Alex y Sophia para pasar el fin de semana, y Ed quería salir temprano para evitar el tráfico.

Aunque no se discutió, estaba claro que Ed y yo nos comportaríamos de la mejor manera posible este fin de semana y volveríamos a encarrilar nuestra relación. El sábado por la mañana parecía que iba a ser fácil. Era un día brillante, el sol todavía era amarillo veraniego y cálido, y escuchábamos un maratón de rock and roll en la radio mientras salíamos. Ed cantaba junto con la radio con voz tonta; Me quité los zapatos y apoyé mis pies recién pediculados en el salpicadero. Bajamos las ventanillas y el sol brilló en el coche. Cuando la mano de Ed no era necesaria en el volante, la puso en mi regazo.

La casa de Alex y Sophia era tan insulsa como ellos: montones de cojines azul pálido y conchas marinas compradas en la tienda esparcidas por todas partes. Pero estaba limpio y cómodo, y lo más importante, estaba a pasos de la playa. En la casa me puse un traje de baño negro de una sola pieza y Ed se puso sus holgados calzoncillos caqui que le llegaban casi hasta las rodillas. Después de echar un vistazo rápido a la casa para comprobar si había artículos de primera necesidad (jabón, champú, toallas, café), bajamos a la playa y nos acomodamos en una sábana rosa desgastada que habíamos traído de casa. Ed sacó una novela de bolsillo y, después de unas pocas páginas, se quedó dormido, roncando en la hoja a mi lado. Me acosté y traté de dormir la siesta.

Pero no podía conciliar el sueño. El sol calentaba demasiado, el pequeño trozo de sábana estaba confinado y Edward era molesto, roncando como estaba. Estaba ardiendo. Decidí ir a nadar.

Me puse de pie y caminé hacia el agua. Oficialmente, la temporada había terminado. No había salvavidas y no se permitía nadar, pero nadie estaba allí para detener al puñado de nosotros que entrábamos y salíamos de las aguas poco profundas.

Nadé arriba y abajo unos metros del océano, y luego un poco más. El agua todavía era lo suficientemente poco profunda como para que pudiera estar de pie. Cerré los ojos y sentí el frío del agua y el calor del sol. Cuando abrí los ojos vi a una niña pequeña, de unos cinco o seis años, a unos metros de distancia, entre la orilla y yo. No debería haber estado sola en el agua, y mucho menos fuera hasta ahora. Normalmente, la habría llevado de vuelta a la orilla. Hoy, sin embargo, acabo de verla. Chapoteaba alegremente en las pequeñas olas, sumergiendo la cabeza dentro y fuera y dejando que su pequeño cuerpo fuera sacudido por la suave resaca. Su piel de nuez moscada estaba quemada por el sol en los hombros. Me vio observándola y sonrió. Le devolví la sonrisa.

—No deberías estar tan lejos —dije—. Se encogió de hombros y

volvió a hundirse. Una pequeña ola entró y la sacudió. Vi la parte superior de su cabeza asomar por el agua, luego sus pequeños pies. Cuando finalmente se enderezó y sacó la cabeza del agua, estaba tosiendo, tal vez llorando un poco. No herido, pero asustado.

—Te ayudaré —dije—. Nadé hacia ella. Mientras estaba en camino, otra pequeña ola se acercó y la derribó de nuevo. Me lancé hacia ella y luego extendí la mano y la agarré del cabello, como si quisiera sacar su cabeza del agua.

Pero no lo hice. Agarré su cabello con mi mano derecha y tiré hacia abajo. De manera repugnante, pude sentir cómo la vida se le escapaba mientras la sostenía bajo el agua, sentir el calor de su cuerpo escurrirse. Vi su vida ante mis ojos, la mayor parte de ella vivía en un estrecho apartamento ferroviario. Justo antes de que se ahogara, la levanté y la dejé tomar un poco de aire, luego la volví a bajar. Era un juego. Arriba, abajo, arriba, abajo. Sin embargo, la niña tenía la cabeza apoyada en los hombros, y la siguiente vez que se levantó comenzó a gritar. Una mujer gorda de mediana edad que nadaba cerca de la orilla levantó la cabeza y miró a su alrededor. Hundí a la chica una vez más y sumergí mi propia cabeza también, como si ambos hubiéramos quedado atrapados en una corriente subterránea, y luego salté de nuevo con mi brazo alrededor de la cabeza de la chica.

"Creo que se está ahogando", le grité a la mujer, que caminaba rápidamente por el agua hacia nosotros. "Dame una mano". La mujer fuerte me arrebató de los brazos a la niña inerte y corrió con ella hacia la orilla. Corrí tras ella.

De vuelta en la arena caliente, el niño comenzó a llorar, lo que era una buena señal de que no se había producido ningún daño permanente. La conmoción despertó a Ed y corrió hacia donde se había formado una pequeña multitud alrededor de la chica. Se sentó, miró a su alrededor y vomitó el estómago lleno de agua salada, otra buena señal, coincidió la multitud. La madre de la niña llegó corriendo, llorando y gritando, como si no le hubiera hecho algo peor a su hija en casa. Lo había visto todo.

"¡Salvaste la vida de mi bebé!", nos gritó a la mujer mayor y a mí. La mujer mayor me miró con extrañeza, pero no dijo nada. Me la imaginaba diciéndose a sí misma que, por supuesto, la había estado sacando, no empujándola hacia adentro. Eso debió de ser lo que vio. Debo haber estado sacándola. La muchacha todavía estaba en un leve estado de shock. Si alguna vez le dijera a alguien que había estado tratando de acabar con su vida, no de salvarla, estaba seguro de que nadie le creería.

La mujer mayor se dirigió al lugar donde esperaba su marido gordo. La madre llorando llevó a su hija llorando de vuelta a su manta. Edward me tomó de la mano y me llevó de vuelta a nuestra propia

sábana rosa, donde nos sentamos y yo misma me puse a llorar.

"Shh." Me rodeó con sus brazos. "Todo el mundo está bien. Debes haber estado aterrorizada, pobre bebé.

Miré al cielo. Una bandada de pájaros volaba en círculos muy por encima de nosotros, entrando y saliendo de una formación en V. Uno por uno dejaron la V y luego se reagruparon, volando a su lugar uno a la vez para deletrear un nombre, perfectamente como un bolígrafo en el papel.

NAAMAH.

De vuelta en la casa, Ed cogió el coche y se dirigió a la bahía para comprar la cena, almejas frescas al vapor y mazorcas de maíz, que él mismo cocinó. Me preguntó qué pensaba de la cena y si la estaba pasando bien y seguí diciendo "Mmm", lo que él tomó como una respuesta positiva.

Después de cenar nos tumbamos en el sofá. Habíamos estado planeando volver a la playa para ver la puesta de sol, pero necesitaba descansar. Al cabo de unos minutos, Ed volvió a dormirse. Fui al dormitorio y saqué La Enciclopedia de los Demonios, que había escondido en el fondo de mi bolso. Con una sensación de malestar en el estómago, hojeé hasta que llegué a las N. Allí estaba ella, con unas pocas páginas en La Enciclopedia de los Demonios para ella sola.

> Las historias más famosas de Naamah provienen de la Cábala, los textos místicos judíos que antes estaban disponibles en su totalidad solo para los eruditos varones judíos mayores de cuarenta años. Se cree que su nombre significa "encantador" o "agradable" en su arameo nativo, una referencia a su atractivo para los hombres. Debido a la naturaleza oculta de la sabiduría cabalística, puede haber mucho más apegado al nombre de lo que podemos saber; Especialmente uno se pregunta por sus orígenes y su significado numerológico. Como la mayoría de su tipo, se hace más fuerte por el agua (especialmente el agua salada), el deseo sexual y otros pensamientos impuros. La historia de Naamah comienza en el principio de los tiempos, como la segunda esposa de Adán: la primera esposa de Adán fue Lilith. Mientras que Adán fue hecho de tierra pura, ella fue hecha de inmundicia y sedimentos, y ella no podía ser una compañera para Adán. Adán quería que Lilith fuera sumisa, pero Lilith se negó, y se fue a vivir junto al Mar Rojo y se convirtió en la madre de todos los demonios. Así que Dios hizo una segunda esposa, Naama, y esta la hizo delante de Adán, comenzando desde cero, para cumplir

con las especificaciones de Adán. Comenzó con los huesos, luego con los órganos, luego con los músculos, la sangre, etcétera, y para cuando Dios terminó, Adán estaba tan disgustado que no tenía nada que hacerle. Y Naama, junto con Lilith, fue desterrada a las orillas del Mar Rojo. En otra historia, los orígenes de Naamah son vagos, pero su propósito es más claro. Después de que Caín mata a Abel, Adán está tan horrorizado por sus hijos que se niega a acostarse con Eva durante más de cien años. Durante este tiempo, Naamah se acerca a él mientras duerme y, aprovechándose de sus sueños, se impregna con su semen. Esta es la fuente de la preferencia judía de que los hombres, especialmente los rabinos y los eruditos, se casen: a menos que un hombre hiciera el amor con su esposa regularmente, lo que él pensaba que era una simple emisión nocturna podría ser realmente un demonio haciendo el amor con él, impregnándose con su semilla. En Génesis, vemos a Naamah una vez más. En esta historia ella es la hija de Lamaj y Zila. Este Naamah no era un demonio, solo un humano. Pero, por extraño que parezca, esta Naamah se casó con su hermano, Tubal Caín, y luego dio a luz a un demonio: Asmodeo, a quien todavía conocemos hoy. De ahí su reputación de madre feroz y orgullosa, cuyo objetivo secundario, después de la seducción, es eliminar a los hijos que no son suyos. En Reyes 3:16, ella aparece de nuevo (junto con Lilith), como una de las dos rameras enviadas para probar la sabiduría de Salomón. Haciéndose pasar por dos madres que discuten sobre la maternidad de un niño, los demonios intentan engañar a Salomón para que tome una decisión tonta; en cambio, Salomón se ofrece a cortar al niño por la mitad, sabiendo que la verdadera madre renunciará a su reclamo. Derrotados, los dos demonios regresan al lugar de donde vinieron. Al igual que con todas las historias relacionadas con Salomón, este mito también figura en la leyenda de la masonería. Además de estos, hay muchos más ejemplos de la desafortunada influencia de Naamah a lo largo de la historia cristiana y judía.

A la mañana siguiente le dije a Edward que no me sentía bien, envenenada por el sol, y que debía quedarme en casa mientras él se iba a la playa. Una vez que se fue, leí un poco más del libro: Si tan solo la persona promedio conociera las primeras señales de advertencia de la posesión, se podría evitar mucha angustia. El primer signo más común es un ruido inusual en el hogar, tal vez un rasguño, un golpeteo o pasos ... Una vez dentro de su víctima, el demonio generalmente comenzará con pequeñas travesuras: pequeños robos, discusiones y cosas por el estilo. Su modus operandi habitual es

abrirse camino lentamente hacia una fortaleza sobre la víctima antes de revelar su verdadera naturaleza, asegurándose así de que no será reconocida y exorcizada mientras su control aún es débil. Desafortunadamente, vemos y oímos hablar de demasiados casos en los que, en el momento en que se descubre el demonio, la víctima está tan bajo su control que no puede ser llevada para un exorcismo voluntario. Las posibilidades de recuperación de la posesión en estos casos son pequeñas.

Ed regresó de la playa esa tarde de un humor maravilloso. Quería que fuéramos a un restaurante de mariscos en la bahía que había visto el día anterior.

"Todavía no me siento bien", le dije. "Quiero quedarme en la cama". Hizo un puchero. "Cariño, vamos, se supone que estas son nuestras vacaciones".

—No quiero —dije—. "Me siento como una mierda. Ed, creo que...

Ed, creo que me estoy volviendo loco, iba a decir. Creo que estoy poseído. Pero me cortó.

"¡Cristo!", dijo. "¿Ya no podemos divertirnos? ¿No podemos ni siquiera tener un buen fin de semana en la playa?"

Él frunció el ceño. La voz del demonio gritó en mi cabeza, y lo siguiente que supe fue que le estaba gritando a Ed.

"¡Quieres divertirte!" —grité—. "¡MÍRAME!"

"Solo quería..."

"¡TÚ querías! ¡En lo único que piensas es en ti mismo! ¿No ves que estoy enfermo, no ves que hay algo malo en mí? ¡ERES TAN JODIDAMENTE EGOÍSTA!"

A estas alturas ya estaba de pie encima de la cama y me vi en el espejo que había encima del escritorio al otro lado de la habitación. Mis brazos se agitaban como los de un animal, mis ojos estaban muy abiertos, mis labios de color rosa oscuro y mi cabello en nudos, casi rastas.

Me parecía a ella.

Ed se quedó en la puerta, disgustado. Se dio la vuelta y salió de la casa.

Me desplomé en la cama y empecé a sollozar. Verás, me dijo la voz satinada, esto es lo mucho que le importa. Este es el gran amor del que estabas tan orgulloso. El que pensabas que duraría para siempre.

Ed, sin embargo, no sufría de confusión alguna. Regresó tarde esa noche, horas después de que yo hubiera estado fingiendo estar dormido, y se acostó en el sofá sin siquiera revisar el dormitorio para ver si estaba vivo.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, él ya estaba despierto, bebiendo tímidamente una taza de café en la mesa de la cocina. Tímidamente me uní a él.

"Oye."

"Hola."

"Te amo". Lo dijo primero.

"Yo también te amo". Me puse a llorar.

"Oh, cariño", dijo. Acercó su silla a la mía y me rodeó el hombro con el brazo. "Cariño, ¿alguna vez pensaste, quiero decir, pareces tan infeliz últimamente, tal vez soy yo, solo parece... solo creo... bueno, tal vez podrías encontrar a alguien con quien hablar. Ya sabes, como un terapeuta o algo así".

Miré a Edward y vi su cara preocupada y un fuerte amor se hinchó en mi vientre y se extendió a través de mí. Por un momento, el amor eclipsó los serpenteantes pensamientos del demonio. ¡Un terapeuta! Me encantó la idea. No estaba poseído, ¡estaba loco! Iría a un psiquiatra, tal vez incluso a una institución mental por un tiempo, pero eso era preferible a la alternativa. Un trastorno mental que podía manejar. Podía trabajar con él, aceptarlo y, finalmente, curarlo.

"Tienes razón", le dije a Ed con una sonrisa. "Creo que me estoy volviendo loco".

—No, cariño, no quise decir loco, solo quise decir...

"No, está bien, tienes razón, llámalo como quieras. Mañana llamaré al doctor Flynn y conseguiré el nombre de un psiquiatra.

Ed sonrió. Sonreí. Allí estábamos, marido y mujer, uno loco, pensábamos, y el otro cuerdo, tan felices como podía serlo.

A la mañana siguiente llamé a la doctora Flynn a primera hora y, sin darle los detalles, le dije que necesitaba una visita inmediata a un psiquiatra. Me dio el número de teléfono del Dr. Gerald Fenton, un amigo personal suyo que, según me aseguró, era el mejor psicoterapeuta que conocía.

"Dile que te envié", dijo antes de colgar. "Es muy selectivo. Reservado por años. Dile que yo te envié".

La recepcionista del Dr. Fenton me dijo que no tendría una cita gratuita para un nuevo paciente durante al menos un mes, y casi me doy por vencida antes de recordar las palabras mágicas.

"El doctor Flynn me envió", le dije.

"Bueno, eso es diferente", dijo. "A ver... Ven hoy".

—¿Cuándo? —pregunté.

"Lo que sea", dijo ella. "Puedes venir ahora mismo, si quieres".

Me gustó y fui de inmediato.

La oficina del Dr. Fenton estaba en un edificio de apartamentos de antes de la guerra, en una zona tranquila de la ciudad, cerca del parque. Las calles estaban bordeadas de árboles y mujeres con carritos de bebé. Sonreí a los bebés. Ninguno le devolvió la sonrisa. Ninguna criatura viviente me miraba con buenos ojos: los bebés fruncían el ceño, los perros gruñían, los gatos silbaban, incluso las ardillas listadas y las ardillas huían. Y otros humanos adultos, bueno, olvídense de eso. Sin embargo, aquí estaba yo, de camino a la consulta de un psiquiatra, tratando de convencerme de que tenía un problema psicológico regular.

En el edificio del Dr. Fenton me llamó un portero y luego fui conducido a su oficina por una recepcionista joven y elegante. Me dijeron que el Dr. Fenton estaría conmigo en un momento. La habitación se veía como siempre había imaginado que sería el consultorio de un psiquiatra: un sillón Eames de cuero y madera para el médico, un sofá de cuero de una tienda departamental donde el paciente podía sentarse o reclinarse. Una estantería de roble con textos psiquiátricos se intercalaba con reproducciones precolombinas y algunas máscaras africanas apoyadas en soportes. Un bonito estampado botánico, lavanda, en la pared. Una ventana que daba al edificio de apartamentos al otro lado de la calle.

Al cabo de un momento, el médico llegó con una sonrisa y un cálido apretón de manos. Al igual que la oficina, encajaba bien con mis ideas preconcebidas. Barbudo, cuarentón, bifocal, vestido con sencillez con un cárdigan beige, camisa blanca abotonada y pantalones negros.

– Soy el doctor Fenton.

– Soy Amanda.

Sonrió. Sonreí. Nos sonreímos el uno al otro.

—Así que Amanda —dijo—. "Cuéntame por qué estás aquí hoy".

Le conté selectivamente sobre mi extraño comportamiento durante los últimos dos meses. Le conté sobre las discusiones con Ed, sobre la nueva voz en mi cabeza, sobre el desorden y la nueva actitud en el trabajo. Dejé de lado la parte sobre el perro. Dejé de lado la parte de quemar a Ed con el cigarrillo. Dejé de lado especialmente la parte de la chica en la playa, que ya me había convencido de que no podía haber sucedido. En mi nueva visión psiquiátrica del mundo, estas eran coincidencias no relacionadas, sin relevancia para el tema en cuestión. El médico tomó notas en un bloc de notas amarillo mientras yo hablaba.

"Bien", dijo cuando terminé. "¿Cuál es el problema?"

Lo miré. —¿Eh?

—¿Qué es lo que te molesta de estos cambios?

"Este no soy yo. Quiero decir, por supuesto que soy yo, no es como si fuera otra persona. Lo que quiero decir es que no es mi personalidad habitual. Por eso estoy aquí".

—Bueno —dijo—, me parece que te estás recuperando de ti mismo. Ya no eres una niña, eres una mujer adulta y necesitas ser más asertiva".

"Pero yo peleo con mi marido", le dije. "Estamos peleando todo el tiempo".

Me dirigió una mirada ligeramente condescendiente. "Pelear", dijo, "es parte de cualquier relación. Luchar es parte del crecimiento".

—Pero no estoy contento —dije—. La voz serpenteante en mi cabeza estuvo de acuerdo con el médico. No discutas, decía.

"Eso es un problema", dijo el médico. "Pero tal vez el problema es que te estás resistiendo al crecimiento. El problema es que no estás abierto al cambio".

"Pero, ¿y si no quiero cambiar así? ¿Y si no me gusta en lo que me estoy convirtiendo?"

Estamos creciendo, dijo la voz. Cada vez somos mejores.

"No se puede luchar contra el tiempo", dijo el médico. "Amanda, tienes treinta y cuatro años. Te estás convirtiendo en lo que realmente sabes".

"Pero quemé a mi marido", le espeté.

"Eso fue un accidente", dijo el médico. "Te resbalaste. Tal vez Edward no sea lo que crees que es, tal vez necesites reevaluar tu relación".

No le había contado nada del incidente con el cigarrillo. Tampoco le había dicho mi edad.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté, poniéndome nerviosa.

"Amanda, relájate", dijo. "El Dr. Flynn envió sus registros, todo está

aquí". Cogió de la mesa una carpeta manila abarrotada. —¿Ves?

– No le dije al doctor Flynn lo del cigarrillo.

Sonrió. "Por supuesto que lo hiciste. Está aquí mismo, en tu archivo".

—Déjame verlo. Extendí la mano. El médico se retiró.

—Confidencial —dijo—.

"Nunca se lo dije. Déjame verlo. Mi corazón se aceleraba.

El doctor se recostó en su silla. Me puse de pie y alcancé la lima, pero con la otra mano me agarró la muñeca y me la sujetó con fuerza. Lo miré a la cara. Sin sonrisa. Nada de ojos chispeantes amistosos. Era totalmente, mortalmente serio. Di un paso atrás y él me agarró la muñeca, sin soltarla por completo hasta que estuve a dos pasos de distancia. Cogí mi abrigo y mi bolso del sofá a mi lado y salí de la oficina.

Más tarde, sin embargo, mientras caminaba por las calles del vecindario arbolado, pensé que tal vez había sido tonto. Después de todo, el Dr. Flynn podría haberle dicho todo lo que yo no le había dicho. No había razón para suponer que algo fuera de lo común estaba sucediendo. Aun así, no me gustaba. ¿Qué era todo eso de hablar de convertirme en mí mismo? Él no pensaba que yo estaba loca, y si no estaba loca, estaba poseída. Al día siguiente, le pedía al Dr. Flynn una recomendación diferente, o recibía una de un amigo.

Caminé por el parque, avergonzado. El hecho de que hubiera salido corriendo del consultorio del médico como un bebé no aumentó exactamente mi autoestima. ¿Qué pensaba yo, que el doctor era una especie de sacerdote vudú? ¿Un satanista, tal vez? Realmente, fui un idiota. Caminé por un sendero que conducía a un pequeño bosque. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Cómo había podido...

Escuché un susurro de hojas de los árboles a mi izquierda. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estaba en lo profundo del pequeño bosque. No vi otra alma. No debería haber estado allí, pero ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. No había nada que hacer más que pasar al otro lado. Aceleré el paso y caminé más lejos. Escuché otro crujido, esta vez a mi derecha. Y luego una carcajada. La risa de una mujer que venía del grupo de árboles a mi izquierda, y luego de nuevo de los arbustos a mi derecha. Empecé a caminar rápido y luego a correr. Siguió el susurro de los árboles y la risa de la mujer. Corrí hasta que no pude correr más y tuve que parar, jadeando, para recuperar el aliento. Miré a mi alrededor, no parecía que hubiera avanzado en absoluto. ¿Había estado corriendo en el lugar? Los árboles temblaban a mi alrededor y las risas salían de ellos como fruta

madura. El ruido era ensordecedor. Un sudor fino empapó mi ropa.

—¿Hola? He dicho. —¿Hola?

Pero yo ya sabía quién era. Pelearía con ella, me dije a mí mismo. Encontraría una manera de luchar contra ella, destruirla si tuviera que hacerlo, lo primero que haría cuando llegara a casa se lo diría a Ed y...

El ruido se detuvo. El bosque estaba absolutamente tranquilo, excepto por mi propia respiración agitada. Los árboles a mi alrededor estaban perfectamente quietos. Me ardían los músculos. Apenas podía mantenerme en pie.

Sentí una mano en la parte superior de mi cabeza. Sentí que me alborotaba el pelo y me rozaba suavemente la mejilla derecha y volvía a subir. Pasó sus dedos por mi cabello y masajeó mi cuero cabelludo.

Me puse a llorar. La mano empezó a empujar. Me puso de rodillas. Luego se deslizó hasta la parte baja de mi espalda y me empujó sobre mi vientre, aplastándome contra el concreto áspero, hasta que gemí y jadeé en busca de aire.

—Amanda —me susurró—, realmente no creo que Edward necesite saber nada de esto.

Esa noche, cuando Ed todavía estaba en la oficina, volví a consultar la sección de RECURSOS de Posesión demoníaca pasada y presente. El segundo consejero espiritual más cercano fue el Dr. Ray Thomas, director y CEO de Ray of Hope Fellowship.

"Ubicado junto a la autopista 55 norte en la salida 12. Gire a la derecha en Domino's y luego busque Wendy's: The Ray of Hope Fellowship está entre Wendy's y Coconuts en Newton Heritage Strip Mall", se lee en el libro.

A la mañana siguiente conduje hasta la autopista 55, salida 12, y busqué un Wendy's. La Fraternidad Ray of Hope era un edificio bajo de ladrillo de un piso empotrado en lo profundo del centro comercial con un gran letrero en el césped. BIENVENIDOS, decía el letrero. Me estacioné en el estacionamiento de enfrente y fumé un cigarrillo antes de entrar. Era un día soleado y un grupo de chicos andaba en patineta en el estacionamiento de Fellowship. MEGADEATH, decían sus camisetas. METALLICA. ÁNTRAX. Observé a los chicos y fumé durante unos minutos antes de salir del coche.

Las puertas de la Fraternidad estaban abiertas. Por dentro se parecía vagamente a una iglesia, aunque también podría haber sido una sala de conferencias corporativa. Hileras de bancos, o lo que podrían haber sido bancos, daban a un altar, o tal vez a un puesto de presentación. Caminé por el pasillo central. No había nadie alrededor. Parecía que no pasaba nada.

"Bueno, oye".

Me di la vuelta. En el otro extremo del pasillo había un hombre tan anodino como el propio edificio. Sus rasgos eran simétricos y sencillos, no poco atractivos, pero tampoco particularmente atractivos.

—Me has sobresaltado —dije—. Caminamos el uno hacia el otro y nos encontramos en el centro. – Estoy buscando a Ray Thomas.

—Ese soy yo —dijo, extendiendo una mano—. Vestía un traje gris liso. Temblamos. "Tomemos asiento". Cada uno de nosotros se sentó en un banco a cada lado del pasillo.

—Así que —dijo en voz alta —los bancos estaban demasiado separados para conversar—, déjame adivinar. Crees que estás poseído por un demonio".

Sonreí y asentí. Su tono de voz lo ponía todo en perspectiva. Así que piensas que estás poseído, decía. ¿No lo hacemos todos, de vez en cuando?

"Supongo que hiciste ese cuestionario", continuó. Volví a asentir. "Y respondiste que sí a algunas preguntas, y te asustaste un poco, y ahora piensas que estás involucrado en algún tipo de guerra espiritual". Dijo las dos últimas palabras con un movimiento de las manos que implicaba engaño, trucos de circo, vudú. "Déjame decirte que publicar ese cuestionario fue lo más tonto que hemos hecho. No tenía idea de cuántas personas había con problemas de salud mental hasta que las llamadas comenzaron a llegar. No es que seas uno de ellos", agregó. — ¿Trajiste el libro contigo?

Metí la mano en mi bolso y saqué el libro, doblado y abierto a la página del examen.

"Ahora echemos un vistazo", dijo Ray Thomas. Los dos estábamos sonriendo, casi riéndonos. Tomó el libro y leyó mi cuestionario marcado.

¿Estás poseído por un demonio?

1. Escucho ruidos extraños en mi casa, especialmente por la noche, que los miembros de la familia me dicen que solo ocurren cuando estoy presente. (Solía hacerlo).
2. Tengo nuevas actividades y pasatiempos que parecen "fuera de lugar" y hago cosas que no pretendía y no entiendo. (Sí.)
3. Soy bajito y malhumorado con mis amigos y seres queridos. (Sí.)
4. Puedo entender idiomas que nunca he estudiado y tengo la capacidad de saber cosas que no podría saber a través de medios ordinarios. (Sí.)
5. Tengo desmayos no causados por drogas, alcohol o una condición de salud preexistente. (Sí.)

6. Tengo pensamientos nuevos inusuales o escucho voces en mi cabeza. (Todo el tiempo.)
7. He tenido visiones o sueños de personalidades que pueden ser demonios. (Sí.)
8. Un psíquico, ministro u otro espiritista me ha dicho que estoy poseído. (Sí.)
9. Tengo ganas de lastimar o matar animales y a otras personas. (Sí.)
10. He herido o matado animales o personas. (Sí, definitivamente herido, tal vez asesinado).

Ray Thomas ya no sonreía en absoluto. De hecho, fruncía el ceño.

"¿Cómo dijiste que te llamabas?", preguntó.

"Amanda", le dije.

"Amanda, lo que tenemos aquí es una probabilidad del noventa al cien por cien de que estés plagada por una entidad no deseada. Al menos podemos estar cien por ciento seguros de que hay alguna interferencia de entidades aquí. ¿Qué opinas de un despojo?

—¿Desposesión?

"No usamos la palabra electrónica por aquí", dijo Ray Thomas. "Llena la cabeza de la gente con todo tipo de ideas. El despojo es un proceso simple de visualización, separación y sanación. Es lo más natural del mundo".

—¿Funciona? —pregunté.

Ray Thomas volvió a sonreír y asintió con la cabeza. "Tenemos una tasa de éxito de más del noventa por ciento con nuestros tratamientos de desposesión aquí en Ray of Hope".

—¿Y el otro diez por ciento? —pregunté.

"Siete por ciento. No te preocupes por eso ahora".

RAY THOMAS me llevó a una oficina donde firmé un formulario de autorización diciendo que el procedimiento al que estaba a punto de someterme era solo para fines de entretenimiento. Luego me condujo a una pequeña habitación detrás del altar. La habitación estaba iluminada por luces fluorescentes. Había una cama tipo hospital hecha con sábanas blancas y una manta azul contra una pared y un escritorio de acero con una silla de escritorio rodante acolchada contra la pared opuesta. Me indicó que me acostara en la cama. Se sentó en la silla rodante y se acercó a la cama, luego tiró de una cadena y apagó el fluorescente del techo.

"Empezamos visualizando un espacio limpio y puro. ¿Puedes visualizar un espacio limpio y puro, Amanda?

—Claro —dije—. Miré al techo y pensé en una habitación blanca y vacía. La habitación tenía ventanas altas con cortinas blancas transparentes, ondeando con una brisa soleada de verano.

"Visualizamos con los ojos cerrados", dijo.

—Vaya. Cerré los ojos y la habitación blanca se volvió mucho más clara.

"Estás en tu espacio limpio y puro", dijo. "Te estás relajando en tu espacio. Estás respirando profundamente"

Estaba acostado en una cama de plumas en el piso de la habitación blanca con un pijama blanco. Un poco de luz del sol entraba por detrás de las cortinas. La habitación olía a miel y flores. Estaba algo relajado.

"Estás completamente seguro y cómodo. Nada puede hacerte daño y no tienes miedos mientras estás en tu espacio".

Me sentí moderadamente segura y relativamente segura.

"Ahora imagina tu entidad no deseada. Recuerda, tu espacio es un espacio seguro, y la entidad está ahí como tu invitado. Tú tienes el control. Él o ella no puede lastimarte en tu espacio".

Me incorporé de la cama de plumas. Alguien estaba en la habitación conmigo. Me di la vuelta. Naamah estaba agachada en el suelo detrás de mí, a la cabecera de la cama. "Recuerda, tú tienes el control aquí. Este es tu espacio y tú tienes el control de la situación".

Naamah se echó a reír y se alejó corriendo hacia un rincón de la habitación que se había quedado a oscuras. No podía verla, pero sabía que estaba allí, en las sombras. Miré alrededor de la habitación. Todos los rincones estaban ahora a oscuras. Podría estar en cualquiera de ellos.

"Ahora imagina un delgado cordón plateado que te conecta con tu entidad".

Sentí un tirón en el estómago, un retorcimiento como calambres. Miré hacia abajo y vi un grueso cordón negro, grasiento y húmedo, que se extendía desde mi pijama y conducía a la esquina más alejada de la habitación.

"En tu mano tienes unas tijeras. Son unas tijeras muy afiladas y pueden cortar cualquier cosa que quieras".

En mi mano sostenía un viejo cuchillo de carne sin filo.

"Y con tus tijeras cortas el cordón. Está en tus manos. Ahora estás cortando el cordón que te conecta con tu entidad".

Con el cuchillo traté de cortar el cordón, pero sucedió lo contrario: el cordón cortó el cuchillo. La hoja se hizo cada vez más pequeña hasta que se desvaneció y me quedé con un mango de plástico vacío en la mano. El cordón estaba hinchado y caliente donde el cuchillo se frotaba contra él.

"Y ahora se ha cortado el cordón. Quiero que veas que el cordón

está cortado, Amanda. Quiero que veas que ahora estás libre de la entidad".

Naamah saltó de la esquina hacia mí, deteniendo mi corazón. La oscuridad se había extendido desde los rincones, y ahora sólo el centro de la habitación tenía algo de luz, y ésta era de un gris apagado y tenue. Vi, sin sorpresa, que el otro extremo del cordón se conectaba a su ombligo. Se arrastró por el suelo entre nosotros.

"Estén en su espacio limpio y puro. Siente lo bien que se siente ser libre. Sé consciente del espacio dentro de ti donde estaba el invasor. Necesitamos llenar ese vacío con sanación".

Estaba lleno de sangre. Salió de mi garganta y goteó por mi barbilla. Goteó hasta el suelo y se deslizó por la habitación. El olor era abrumador.

"Y ahora estás lleno de la luz blanca de la sanidad. Eres una persona fuerte e independiente y puedes perdonar a tu invasor. Puedes enviar amor y perdón a tu entidad, y enviarlo hacia la luz blanca".

Naamah me empujó hasta el suelo de la habitación oscura, ahora resbaladiza por la sangre, y se sentó a horcajadas sobre mí.

"¿Me perdonas?", preguntó.

"Y ahora estamos despertando. Vamos a salir de nuestro lugar seguro y regresar a la sede de la Fraternidad Ray of Hope".

Mis ojos se abrieron de par en par y vi a Ray Thomas de pie encima de mí.

—¿Y cómo nos fue, Amanda? ¿Nos sentimos libres ahora?"

—Oh, sí —respondí, sin intención, sin mi propia voz—. "Ahora soy mucho más libre. Todo esto ha sido una tremenda experiencia de aprendizaje".

EL DEMONIO emitió un cheque por 250 dólares y condujo de regreso a la ciudad. Casi allí, cerca del aeropuerto, se detuvo en el salón de un hotel y recuperó los 250 dólares teniendo relaciones sexuales con un hombre de negocios en el baño del hotel.

Al día siguiente vi al Dr. Flynn para mi último chequeo después de las vacunas contra la rabia. Lo primero que dijo fue: "¿Cómo estuvo la playa?"

No le había dicho que íbamos a ir a la playa. Ya nada se podía dar por sentado. No se podía confiar en nadie.

"Me dijiste", le dije, "que comiera más sal". El libro decía que la sal

aumentaba el poder del demonio.

Ella sonrió. "Sí, ¿cómo te está funcionando?"

"No lo sé", respondí. —¿Cómo se suponía que iba a funcionar?

Ella ignoró mi pregunta y me dio la inyección, todavía sonriendo.

—¿Y cómo estaba el doctor Fenton? —preguntó. – ¿Te ayudó a resolver tu problema?

"Vete al infierno", le dije. Me levanté de la mesa y salí, dejando al doctor Flynn sonriendo detrás de mí.

Mientras esperaba un tren que me llevara a casa desde el consultorio del médico, vi un movimiento rápido, como una liebre, justo a mi derecha. Pensé que estaba viendo cosas. Pero entonces el rápido borrón blanco volvió a pasar. Luego, una y otra vez, zigzagueando de un lado a otro. Estaba seguro de que estaba viendo cosas. Nadie más miró. Pero entonces una pequeña mano blanca se extendió por detrás de mí para quitarme de la mano el libro que estaba leyendo, Demon Possession and You, y ponerlo en las vías. Sentí su mejilla contra la mía y vi su cabello negro cayendo sobre mi hombro.

"Amanda, ¿por qué lo pones tan difícil?"

Le dije a Ed que no me gustaba el Dr. Fenton, pero que pronto encontraría otro terapeuta. Estábamos sentados a la mesa del desayuno. Ed estaba leyendo el periódico. —Está bien —dijo, asintiendo con la cabeza, y rápidamente volvió al periódico—. Esto es lo mucho que le importas, me dijo, levantando la mirada del papel, sin abrazos, sin besos, sin preguntas.

TODO comenzó a acelerarse. La broma era mía. Las tarjetas de crédito me llegaban por correo, a veces dos o tres al día. No es el típico schlock que se obtiene, sin que se lo pidan, como un virus, sino tarjetas de oro y platino de gama alta y megalímite, algunas por las que incluso me habían rechazado en el pasado. Cuando me mudé por primera vez a la ciudad cuando era adolescente, nunca antes había tenido una cuenta corriente, y me tomó algunos años y muchos errores antes de aprender a manejar el dinero, lo que ahora hice muy bien. Pero esas manchas seguían en mi historial y, como resultado, lo

mejor que podía hackear era una tarjeta asegurada de alto interés con un límite de mil dólares. Hasta ahora. No recordaba haber llenado las solicitudes para estas tarjetas, y mucho menos sabía por qué me habían aprobado de repente, pero las tarjetas seguían llegando.

Las tarjetas eran el tipo de error generado por computadora que podía aceptar sin demasiados problemas y, de todos modos, estaba feliz de tenerlas. Lo inquietante era lo que hacía con las cartas: las usaba. Quería ir de compras. Todos los días aparecían nuevas prendas en mi armario, nunca nada que hubiera elegido yo misma, pero tampoco nada con lo que estuviera completamente descontenta. Perfumes (le gustaban las flores ricas y pesadas), una nueva alfombra nepalí para el dormitorio, zapatos de cocodrilo y un bolso de cocodrilo. Mis nuevas tarjetas de crédito superaron su límite. Consiguió más.

Lo que más quería, incluso más que ir de compras o cigarrillos, eran hombres. Los hombres que ella quería no eran los que yo habría elegido. Siempre había buscado hombres con simpatía amable en sus rostros. Hombres con pestañas suaves que miraban hacia otro lado y actuaban ocupados cuando los sorprendías mirando. Hombres que no jugaban con sus alianzas de boda. A Naamah, naturalmente, le gustaban los hombres que guardaban sus alianzas de boda en casas de empeño. Hombres que te miraban a los ojos y los sostenían, y luego te guiñaban un ojo. Por supuesto, solo los vi después, cuando Naamah se iba y yo volvía a hundirme en la conciencia, desnuda y temblando, en la cama con un hombre que nunca había visto antes.

Tampoco dudó en tratar con los hombres que no quería. Estaba esperando un tren, de regreso de la casa de los Fitzgerald. Era un poco tarde para estar allí, esperando solo un tren. La plataforma estaba vacía, excepto por mí y otra persona, un hombre. No me gustaba su aspecto. Tenía la expresión equivocada en la cara, y un bigote, y la ropa equivocada: pantalones manchados y una chaqueta que había sido recortada hace diez años. Caminaba hacia mí. Quise darme la vuelta e irme, volver a la cabina de fichas e intentar llamar a un taxi, pero no lo hice. En vez de eso, caminé hacia el hombre, encontrándome con él a mitad de camino.

– ¿Has perdido un tren? Me escuché a mí mismo preguntar. Se encogió de hombros. No podía creer que estuviera entablando una conversación con este hombre. Era repugnante de cerca, con la piel moteada y llena de hoyos y un corte de pelo desgreñado.

—Odio eso —dije—. "Sobre todo por la noche. Especialmente por la noche, cuando estás esperando un tren y hay alguien allí. Y nunca se

sabe. Quiero decir, en la ciudad nunca sabes con quién estás tratando. Pueden tener un cuchillo, o una pistola, o lo que sea. Podría, no sé, ser el tipo de persona que odia a los hombres que pasan el rato en las estaciones de tren, esperando a las mujeres. Podría ser el tipo de persona que toma a los hombres así y los desgarra miembro por miembro con sus propias manos".

El hombre salió de la estación sin decir una palabra, y el tren me llevó a casa sano y salvo.

En octubre, Ed insistió en invitar a Alex y Sophia a cenar, un agradecimiento por el maravilloso fin de semana en la playa. Para decirte algo sobre Sophia, nunca, en los seis años que la conocí, ni en una sola ocasión, había visto las plantas de sus pies. Una vez habíamos pasado una semana en la playa con ellos, y a primera hora de la mañana se puso unas zapatillas de satén con tacón de cuña. En el malecón llevaba zuecos de tacón alto; Incluso en el agua usaba tangas de plástico baratas. Siempre llevaba un traje negro, durante la semana, y siempre tacones altos negros: sandalias de tiras en verano, zapatos de tacón en primavera y otoño, botas ajustadas y curvilíneas en invierno. Otra cosa sobre Sophia: se tiñó el pelo (me di cuenta por el tono inmutable del rubio bebé), pero nunca vi su color natural, ni siquiera en la raíz, ni en su parte, ni siquiera en la nuca. Tampoco vi a Sophia ganar o perder una libra, nunca vi una arruga o un grano o un poro en su piel, y nunca la vi estornudar, hipo, eructar o tirarse pedos, aunque ocasionalmente soltaba una tos seca de su garganta. No podía soportarla.

Para decirte algo sobre Alex, después de seis años todavía no sabía nada sobre él que no perteneciera ni a su carrera ni a los frutos de esa carrera: la casa en la playa, los coches, las escuelas privadas de Claire. No sabía a dónde había ido a la escuela secundaria, su color favorito, qué libros, películas o música amaba u odiaba. Sin embargo, era muy consciente de que era vicepresidente antes de cumplir los cuarenta años y tenía el 30 por ciento de sus ingresos de jubilación en acciones y el resto en bonos a largo plazo y bienes raíces.

Ed y yo habíamos decidido en silencio poner una cara agradable para sus amigos y no contarles nada de nuestros problemas. Excepto que, de alguna manera, Ed había tenido la idea de que yo iba a preparar la cena, y se sorprendió, cuando llegó a casa a las seis, al descubrir que no tenía nada preparado.

"No entiendo", gritó. "¿No hiciste NADA? Tenemos gente que viene en una hora y ni siquiera tienes una maldita caja de arroz en la casa. ¿Qué demonios se supone que debo servir, cereales y helados?"

—No, Ed —le dije—. "Quieres decir que no hiciste nada, ni siquiera tienes una caja de arroz, y tienes gente que viene en una hora. Y no, no pueden tomar mi helado".

Por primera vez no pude distinguir quién hablaba, si yo o Naamah.

Una hora habría sido tiempo suficiente para juntar algo, pero lo matamos fácilmente peleando y cuando llegaron a nuestra casa, quejándose, como lo hacían con cada visita, de lo difícil que era encontrar nuestro lugar, no teníamos nada que servir. Ed confesó que había habido una pequeña confusión durante la cena (siguió con una

risita repugnantemente aduladora), y que tendría que salir corriendo a buscar algo. Estaba más allá de fingir que me divertía, y me senté hoscamente a la mesa de la cocina mientras Ed balbuceaba. Alex, buen deportista que era, acompañó a Ed en el viaje.

Sophia y yo nos quedamos sentados alrededor de la mesa del comedor con una botella de vino blanco. Ambos encendíamos cigarrillos, la primera línea de defensa contra el silencio y el aburrimiento.

"Entonces", le pregunté, "¿qué hay de nuevo?"

—No mucho —dijo ella—. "Estamos moviendo la empresa".

—¿A dónde te mudas?

"Al otro lado de la ciudad. Es solo una molestia, eso es todo. Faltan archivos y todo".

"Mudarse es un lastre".

—Sí.

Fumamos y bebimos nuestro vino. Miré a Sophia, y ella me miraba de una manera extraña.

"¿Qué es diferente?", preguntó.

—¿A qué te refieres?

"Te ves diferente. ¿Has ganado unos kilos? Te queda bien. Te ves más saludable".

—No, no lo creo. Por supuesto, yo sabía perfectamente de lo que estaba hablando.

"Eh. Bueno, hay algo diferente". Sophia estaba un poco encorvada en su silla en la postura típica de un hombre de negocios, con las piernas abiertas. En su mano derecha tenía un cigarrillo y en la otra, una copa de vino. Ahora apagó el cigarrillo y se enderezó en la silla en una posición rígida y muy diferente, y se dio la vuelta para mirarme directamente. Pensé que estaba enojada conmigo. Por el rabillo del ojo vi que algo se escabullía desde detrás de la puerta del dormitorio hacia el baño. Me sentí extrañamente reconfortado al saber que Naamah estaba en la habitación.

—Creo —dijo desde esta extraña posición— que sé lo que es.

—¿A qué te refieres?

Por aburrimiento había estado quitando la etiqueta de la botella de vino. Ahora miré a Sophia, y oh, lo que vi. Sus mejillas se hincharon como si las hubiera llenado de aire. Sus ojos se abrieron más y más, hasta que casi se salieron de las órbitas. Sus labios, ahora gruesos y llenos de sangre, se separaron para revelar unos dientes negros que se encogieron ante mis ojos en pequeñas puntitas rechonchas.

Respiré hondo con un pequeño chillido y salté de la silla. Al hacerlo, tiré la botella de vino. Mis ojos se dirigieron a la mesa al oír el sonido de los cristales golpeando la madera, y luego parpadeé, y cuando volví a levantar la vista, Sophia volvió a ser Sophia. Y ella se reía

"Lo único que quise decir", dijo, "es que te ves muy bien".

Me quedé mirándola, sin palabras.

"Oh, no seas tonto", dijo con los ojos en blanco. "Tienes miedo. Relajar. Pronto tendrás el mundo a tus pies".

No dije nada, todavía congelado. Empezaba a ver negro, empezaba a sentir que me desvanecía y que el demonio se levantaba, cuando oí el traqueteo de las llaves junto a la puerta. Ed y Alex regresaron con dos bolsas de compras de comida japonesa para llevar y las risas de viejos amigos. Naamah se escabulló de nuevo entre las sombras, y el resto de la noche transcurrió sin incidentes.

Lo horrible de Sofía había sido tan rápido que al día siguiente pensé que me lo había imaginado. Ya nada se podía dar por sentado. No se podía dar nada por sentado.

Así que no saqué ninguna conclusión de lo que había pasado. Pero una semana después sucedió otra cosa horrible: estaba a punto de subirme a un taxi cuando una mujer, una joven pelirroja, apareció frente a mí de la nada. Atravesó la puerta que yo mantenía abierta para mí y la cerró de golpe tras ella. La miré a través de la ventana, bañada por la lluvia y los brillantes reflejos de las farolas que nos rodeaban. Volvió a mirarme, riéndose, y puso los ojos en blanco y redondo, revelando un agujero negro y reluciente entre sus párpados.

Poco después, durante una reunión con un nuevo cliente en Fields & Carmine, me agaché debajo de la mesa para coger un bolígrafo que de alguna manera se me había escapado de la mano. Allí, debajo de la mesa, dos asientos a mi derecha, estaba el rostro invertido del nuevo cliente, también encorvado, aparentemente en busca de su pluma errante. Me llamó la atención. Sonreí brevemente y tuve la intención de enderezarme de nuevo, pero el demonio me sujetó con la misma fuerza con la que los ojos del cliente sostuvieron los míos. El cliente sonrió ampliamente, y luego más ampliamente, estirando los labios por toda su cara. Levantó las cejas hasta convertirse en picos altos y puntiagudos hasta que no se parecía en nada más que a un payaso. —Te conozco —murmuró—. Su garganta no emitía ningún sonido, pero escuché sus palabras claramente en un profundo resonancia de barítono dentro de mi cabeza.

Hubo más incidentes —una extraña mirada en la línea del banco, una cara rápida y contorsionada al otro lado de la calle—, pero ninguno tan directo como lo había sido Sophia, y no aprendí nada de estos extraños encuentros, excepto que había otros, y que ahora tenía la desgracia de poder verlos. Naamah no estaba particularmente interesada en ellos, y yo tampoco. A estas alturas, la verdad más

impactante no era que hubiera más como ella y yo, o que su capacidad para manipularme estuviera creciendo tan rápidamente, sino que, anteriormente, había sido tan estúpido como para pensar que tenía alguna comprensión del universo.

VOLVÍ A CASA DE LA HERMANA MARÍA. Pero María no me dejaba entrar por la puerta. Cuando me vio a través del cristal salió corriendo a la calle y me detuvo.

"Oh, no", dijo ella. "Tengo hijos aquí, mi familia vive en la parte de atrás. No puedo dejarte entrar, no así".

"¿Como qué? ¿Qué hice?"

"Amanda, puedo verla. Está más fuerte que nunca. Vete, aléjate de aquí. Ya traté de ayudarte una vez".

Me puse a llorar. —¿Pero qué voy a hacer? Le supliqué.

"Espera aquí". María volvió a entrar, cerrando la puerta tras de sí. Volvió con otra botella de vidrio grande como la que me había dado antes. Este fue etiquetado como # 17: DEMON BURNING EXTRA STRENGTH.

—Y úsalo esta vez —dijo, metiéndolo en una bolsa de papel marrón —. "Y hay un libro que necesitas. Posesión, de K. L. Walker. ¡Ahora vete!"

1 Se alejó a tescondidas de la tienda. Cuando llegué a una calle particularmente desolada, bordeada a ambos lados por montones de coches quemados y colchones viejos, me detuve y abrí la bolsa que María me había dado. Abrí la botella y la levanté por encima de mi cabeza. Lo incliné un poco para que un delgado chorro goteara sobre la coronilla de mi cabeza.

En ese momento, el cielo gris se abrió y comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. Cerré los ojos y seguí goteando el líquido sobre mi cabeza. Olía a anís, almizcle y ginseng. A través de mis ojos cerrados vi un relámpago blanco abrir el cielo. Me dolía la piel como una quemadura de sol donde el líquido había goteado sobre ella. Abrí los ojos a la sucia calle de la ciudad y entonces escuché risas. Entonces yo también me reía, o mejor dicho, ella se reía a través de mí. Me reí hasta quedar tumbada en el sucio cemento, revolcándome en los periódicos de ayer y usando preservativos. Dejé caer la botella y se rompió, derramando la poción sobre el hormigón. Me revolqué en la cuneta, mojado por la lluvia y ensangrentado por el hecho de que mi piel raspara el concreto y los vidrios rotos. Las comisuras de mi boca comenzaron a arder y luego a agrietarse y sangrar, pero seguí riéndome.

—Amanda —dijo entre risas, nuestra risa—, ¿de verdad pensabas que esto funcionaría?

Seguí buscando Possession, de K. L. Walker, el libro que María me había dicho que leyera. Desaparecido en todas las bibliotecas, agotado en todas las librerías. Una tarde me desperté de un apagón y me encontré sentado en el suelo frente a la repisa de la chimenea. Me senté con las piernas dobladas hacia un lado y la cara inclinada hacia la chimenea, tan impoluta como una niña con un estampado de Currier e Ives. En su interior ardía un fuego; cuando mis ojos se enfocaron y miré de cerca, vi una pequeña montaña de libros, quemándose lentamente. Tan pronto como pude, corrí a la cocina a buscar un poco de agua para apagar el fuego.

Cinco ejemplares de Posesión, todos quemados sin posibilidad de restauración, con las letras del título apenas visibles en los lomos.

Renuncié a Posesión y encontré otro libro que parecía prometedor, Demon Warfare Today, pero ella me lo quitó de las manos de nuevo. Compré Protégiéndote del mal, pero desapareció entre la librería y el desván. Lo había guardado en mi bolso, pero cuando llegué a casa ya no estaba. Pronto me vi incapaz ni siquiera de poner un pie en una librería; Empezaba con las mejores intenciones y en la puerta me encontraba dando la vuelta, sin poder abrir la puerta. Terminaba comprando un helado de un vendedor ambulante o robando otro lápiz labial de una farmacia. Lo mismo sucedía si intentaba entrar en una iglesia, o en una sinagoga, o incluso en la Sociedad para la Cultura Ética, como lo intenté una luminosa tarde de otoño. Incluso si hubiera tenido la capacidad de programar y asistir a una cita con un terapeuta, no habría ido. Estaba seguro de que no había nadie en quien pudiera confiar.

La batalla fue toda mía, y estaba perdiendo rápidamente, obviamente.

Pronto no tuve ni un momento a solas. Cuando no estaba dentro de mí, podía verla correteando, mirando por encima de mi hombro, lista para saltar si era necesario. En el apartamento veía un mechón de pelo negro sucio o un pequeño pie blanco escondido en las sombras por el rabillo del ojo. En la oficina veía su mano, con sus largas uñas sin pulir, garabateando alteraciones sobre mis diseños.

Los apagones se hicieron comunes. Diez minutos de camino a casa desde el trabajo, una hora, luego dos o tres, luego días enteros. El cumpleaños de Ed llegó y se fue y no recordé ni un momento de él. Al parecer, no le fue bien, al día siguiente no me hablaba.

La mayor parte del tiempo estuve entre los dos extremos. Empezaba a pensar: «Realmente debería dejar que esta persona se fusionara frente a mí», y ella lo terminaba, «pero ¿por qué debería hacerlo?». O empezaba: "Hoy no iremos a trabajar. En lugar de eso, creo, nos vestiremos bien y volveremos a ese pequeño bar donde el camarero tenía esas piernas fuertes". Gritaba y lloraba y suplicaba y peleaba de todas las formas que podía imaginar, pero ella siempre ganaba. Era más fuerte, y por eso siempre ganaba.

Mi nueva visión psíquica, que antes no parecía más que un ingenioso truco de salón, comenzó a volverse contra mí. A principios de noviembre estaba solo en la casa de los Fitzgerald, comprobando las medidas de una pared donde iría un armario. Estaba en el tercer piso, midiendo, cuando noté una mancha marrón oscuro en el yeso, una gran salpicadura rodeada de un rocío cada vez más fino. Parecía sangre. Traté de evitar las marcas, pero mientras tiraba de una cinta métrica a través de la pared, no pude evitar rozar ligeramente el costado de mi mano contra una salpicadura de la mancha. La piel seca en el costado de mi mano, debajo de mi dedo meñique, apenas rozaba los puntos más pequeños de la mancha.

Cuando mi mano se topó con la fría pared, el mundo se detuvo. Todo se detuvo y fue reemplazado instantáneamente por otro mundo. La misma habitación, pero estaba llena de ropa barata y descolorida. El aire era caliente y olía a ropa sucia y colillas de cigarrillos. Verano.

La habitación estaba en silencio, excepto por los gruñidos y los pasos de dos hombres que luchaban en lo que parecía una lucha igualada. Los dos eran de tamaño y forma similares y se parecían mucho. Ambos eran negros, de complexión mediana, y vestían pantalones baratos y camisas empapadas de sudor con cuellos anchos. No podía ver sus rostros con claridad, pero sus espaldas se parecían. Podrían haber sido hermanos.

El hombre que estaba más cerca de mí tenía algo brillante en la mano derecha. Me concentré en su mano y mi visión se amplió, como una cámara. Era un cuchillo pequeño, una navaja abierta con un mango negro texturizado. Con un movimiento rápido como un rayo, liberó su brazo derecho del agarre del otro hombre, retiró su brazo y apuñaló a su hermano en el costado del cuello. El moribundo cayó contra la pared, donde su sangre salió disparada contra el yeso y roció hasta donde mi mano había tocado...

Y entonces se acabó. Estaba de vuelta en la habitación vacía y silenciosa. Dejé escapar un pequeño grito, salí corriendo de la casa, corrí a mi auto y me alejé lo más rápido que pude.

La cosa no terminó ahí. La vanidad china que tanto había amado ahora tenía que desaparecer. Cada vez que lo tocaba, me abrumaba una avalancha de tristeza que el propietario anterior había dejado atrás. Era un hombrecillo miserable, un anticuario que vivía solo en la parte trasera de su tienda, cuya ocupación principal era comprar y leer pornografía. Cambié el guardarropa por una sencilla cómoda estilo Shaker que no transmitía ninguna emoción, solo un sentido general de la industria. Un vestido amarillo vintage que había guardado para ocasiones especiales ahora me producía náuseas: su

dueño anterior había sido un borracho, y cuando me lo puse sentí arder en el hígado por la cirrosis.

El primer día de diciembre me dispuse a comprarle a Ed un regalo de Navidad. Durante el verano había admirado un pequeño cuenco de sal de plata en una tienda ridículamente cara en la parte alta de la ciudad, y yo quería ver si todavía estaba allí antes de comprar otro suéter azul.

Me sorprendió lo rápido que nos habíamos desmoronado después del fin de semana en la playa. Incluso los momentos de paz estaban cubiertos de ira y resentimiento. Se acabaron las risas de las malas películas. Se acabaron los nombres de mascotas. No más hablar en nuestro propio código secreto. Nuestro tiempo juntos fue muy formal ahora.

"¿Vas a ir a la tienda?"

"Sí. ¿Quieres algo?"

"¿Puedes traerme un poco de jugo de naranja? El único...

"Sí, lo sé. Claro".

"Gracias."

"No hay problema".

Caminaba por una calle tranquila y arbolada de camino a la tienda. El aire era frío y seco a pesar de que el sol brillaba. A ambos lados de mí estaban las enormes casas de piedra caliza y mármol de pan de jengibre que hicieron famoso al vecindario. La mayoría de ellos eran ahora edificios de apartamentos o escuelas privadas. Caminaba y soñaba despierto. Ella me dejaría, eventualmente. Se cansaba de mí, se cansaba de las peleas y me dejaba en paz. Finalmente podría decirle a Ed la verdad y él tendría que perdonarme.

Una puerta a mi derecha se abrió y salió una multitud de niñas, de nueve o diez años, cada una parecía tener la misma piel fina y cremosa, y el pelo grueso recogido en una cola de caballo. Algunos estaban envueltos en bufandas, guantes y orejeras, pero la mayoría llevaba el abrigo abierto. Me detuve para dejarlos ir. No tenía prisa. Encendí un cigarrillo y vi pasar a las chicas. Detrás de la multitud había dos mujeres, maestras, supuse. Me miraron fijamente. Solo haciendo su trabajo, pensé, las chicas eran su mercancía, a las que había que proteger con sus vidas. Una de las chicas corría en mi dirección, para tomar un autobús o una clase de baile después de la escuela, y giró la cabeza para llamar a una amiga: "¡Llámame esta noche! ¡No lo olvides!" —Y corrió hacia mí. La agarré por los codos para evitar que se cayera. Se quedó momentáneamente aturdida.

"¡Lo siento!", dijo. Era una morena con una mirada preocupada en

su carita. Estaba claro que esperaba que hablaran con ellos. Le solté los codos y le dediqué una sonrisa.

"No te preocupes", le dije. "No se ha hecho ningún daño".

Ella sonrió aliviada y siguió su camino corriendo. A mi izquierda vi la sombra de Naama, de pie detrás de mí.

La muchedumbre de muchachas se fue adelgazando y seguí adelante. Pero más adelante en la cuadra fui golpeado de nuevo, esta vez por una mujer un poco mayor que yo, que corría por la calle con tanta prisa que no pude apartarme de su camino lo suficientemente rápido. Tropezó un poco cuando se topó conmigo y la tomé del brazo para estabilizarla. Su cabello rubio estaba esponjado alrededor de su cara y sobre su frente, arreglado para ocultar sus arrugas.

—Disculpe —dijo ella, fría y sarcástica—. Trató de tirar del brazo hacia atrás. Quería soltarle la muñeca. No estaba tan enojado. Pero mi mano no obedeció.

"No deberías hablar con extraños", le dije. "Deberías mirar a ambos lados antes de cruzar la calle". Mis ojos se desenfocaron y el mundo se volvió de un negro nebuloso con vetas rojas mientras me oía hablar.

Finalmente, las palabras se ralentizaron hasta detenerse y la neblina volvió a enfocarse. La mujer yacía en el suelo, sollozando. Le había partido la muñeca en dos.

Traté de decírselo a Edward. Traté de decírselo a cualquiera que quisiera escuchar. Pero ahora, me di cuenta de que ya era demasiado tarde. Abrí la boca para hablar y salieron las palabras equivocadas. Edward, ayúdame, se convirtió en Edward, pasa la sal. Estoy poseída convertida en estoy cansada.

Traté de cogerla desprevenida, de gritar la verdad en un momento inesperado. Pero no puedes sorprender a una cosa que vive dentro de ti. Los gritos salían de mi garganta como toses largas y secas. Ayúdame, gritaba por dentro, sálvame, pero todo lo que se oía era un largo ejem.

Cada día me despertaba y me decía a mí mismo: "No más tonterías". Hoy voy a dejar atrás toda esta locura y ser un ser humano normal.

Y ella respondía: Pero te quiero, Amanda. Te amo y nunca me voy a ir.

¡Ir! Le gritaba en silencio. ¡Salte!

Oh no, respondía ella, no me voy a ir a ninguna parte. Entonces, lo primero que hacía era empezar una pelea con Ed. Él decía "Buenos días" y yo intentaba decirle "Buenos días" y no salía nada. Luchaba y me retorcía y trataba de usar mis cuerdas vocales para hablar y no podía. Mi garganta era ahora suya. Así que no diría nada en absoluto.

"Bueno, alguien está de buen humor", decía, con las cejas levantadas. O tal vez después de «Buenos días» decía «¿Qué tiene de jodidamente bueno?» o «¿Por qué no hay más café?» o, y esto era lo peor, respondía «Buenos días», las palabras estaban tan empapadas de sarcasmo que Ed se bebía el café y se iba a trabajar sin despedirse.

Todas las noches, después de quedarme dormido, me llevaba a la playa carmesí junto al mar rojo.

"¿Por qué?", le pregunté. —¿Por qué a mí?

"¿Por qué no tú?", respondió ella. "¿Quién sería mejor?"

No pude responder a eso. "No sé lo que quieres", le dije. "Cuéntame. Te daré lo que quieras, lo que quieras".

"Todo lo que quiero eres tú", dijo. "No puedo divertirme sin ti".

—¿Qué quieres? Le supliqué. —¿Qué divertido?

"Esto."

Estábamos de vuelta en tierra firme, en una habitación grande y reluciente con miles de luces diminutas. Lámparas. Una fiesta. Corbata negra. El ruido de la fiesta era un rugido constante y lejano.

Estaba de pie junto a la barra, con un dedo trazando el escote de mi vestido. Se parecía a mí, era yo, pero era ella. Estaba vestida perfectamente. Vestido negro, medias transparentes, tacones de punta brillantes. Sentí una gruesa capa de maquillaje en mi cara y una tensión en mi cuero cabelludo donde mi cabello fue recogido en un barrido.

Me tocó el hombro. Me di la vuelta; Un hombre estaba detrás de nosotros, sonriendo. Era joven y rubio con una gran sonrisa. Con su esmoquin parecía casi un niño jugando a disfrazarse.

"Pensé que me estabas conociendo en la pista de baile", dijo.

Me encogí de hombros. "No tengo ganas de bailar. ¿Por qué no salimos a dar un paseo?"

—¿A dónde?

—Por ahí. Lo tomé de la mano y lo conduje a través de la gran sala hasta un pequeño pasillo escondido detrás de la pista de baile. Caminamos; El pasillo se oscureció y el papel pintado se acabó y la alfombra se detuvo. Los sonidos de la fiesta habían desaparecido. Bajamos un corto tramo de escaleras hasta un sótano de hormigón. Los mecanismos que sostenían al grupo estaban escondidos aquí: un congelador, una caldera, tuberías que conducían de un misterio a otro. La habitación estaba iluminada por unas pocas bombillas desnudas.

"¿Qué estamos haciendo aquí?", preguntó finalmente. Volvió a sonreír, pero la sonrisa era ahora un poco nerviosa, un poco forzada. Estaba asustado. Me acerqué a él y lo besé, y él se relajó en mis brazos. Mientras nos besábamos empecé a quitarle la ropa: primero la chaqueta, luego la corbata, luego la camisa. La piel de su espalda era perfectamente cálida y suave. Me perdí en su piel y en sus labios, en el

fondo de mis ojos vi un rojo oscuro profundo. Le pasaba las uñas por la espalda, le mordía el labio, la lengua. Trató de apartarme, pero no pudo, yo era demasiado fuerte. La sangre le resbalaba por la barbilla desde el labio. Intentó gritar, pero yo lo amortigué con la boca. Le clavé las uñas profundamente en la espalda hasta que se rasgó la piel perfecta. Trató de agarrarme de los brazos, trató de hacer algo, cualquier cosa, pero Naamah era más fuerte. Ella estaba llevando una mano a su cuello cuando nos interrumpieron.

"¡Oye!", oímos desde lo alto de las escaleras. "¿Quién está ahí abajo? Vuelve a subir, a nadie se le permite...

Lo dejé caer y salí corriendo.

Estábamos de vuelta en la playa roja. Los peces carmesí saltaban dentro y fuera del océano. El viento me movía el pelo alrededor de la cara.

—¿Por qué? Le volví a preguntar.

—¿Por qué, por qué, por qué? Se estaba burlando de mí. – Ya sabes por qué, Amanda. Me dejaste entrar. Tú me invitaste".

"Estás mintiendo", grité. "Nunca quise nada de esto".

"¡Mira!", señaló hacia el horizonte. Al otro lado del cielo se representó una escena. Éramos Ed y yo en el desván, la noche en que lo quemé con un cigarrillo. Nos sentamos en el sofá, moví el brazo para apagar el cigarrillo y, tal como recordaba, mi brazo derecho giró rápidamente para pegarle a Ed en la pierna. —gritó—. Grité. Y entonces la visión se congeló. En esa fracción de segundo después del grito, una pequeña y rápida sonrisa brilló en mi rostro. Me alegré, me alegré porque Ed se lo merecía, eso y cosas peores.

"¡Tú me hiciste!" Grité. "¡Me hiciste hacerlo y me hiciste gustar! Todo".

Naamah suspiró, claramente impaciente. "Nunca te obligué a hacer nada", dijo. "Solo te dejé hacer lo que quisieras. Te lo dije, Amanda, no puedo divertirme sin ti".

MI RENDIMIENTO en el trabajo comenzó a decaer. Llegué tarde, me fui temprano, a menudo me saltaba las reuniones importantes por completo. El trabajo que hice fue creativamente brillante, pero técnicamente descuidado. Al demonio no le importaban los detalles, ni siquiera le importaba si un diseño era físicamente posible, siempre y cuando fuera bonito. Mis compañeros de trabajo se quejaron, pero yo había sido muy querido antes. Imaginé que todo el mundo quería darme otra oportunidad.

Todos, excepto James Cronin. Fue a ver a Leon Fields y a John Carmine, me delató las pocas deficiencias que aún no habían notado y se hizo cargo de la casa de los Fitzgerald.

No pasó nada durante la primera semana. Y el segundo salió bien. Pero a mitad de la tercera no me sorprendió encontrarme en la oficina una noche, invitándolo a salir a tomar una copa.

Estábamos solos en la oficina. Santiago, Naama y yo. Él estaba sentado en su escritorio y yo estaba de pie a su lado, sin tener claro cómo había arreglado que estuviéramos allí. La mayoría de las luces estaban apagadas. Solo la única lámpara fluorescente sobre su escritorio brillaba sobre nosotros, proyectando la habitación más allá en la sombra.

"¿Qué tal una copa?", le oí preguntar.

—¿Eh? —preguntó James.

—Vamos —dijo—. "Un trago. Todavía no estoy listo para irme a casa". Sentí que mis labios se volvían hacia arriba. Una ceja se arqueó y mi cabeza se inclinó ligeramente hacia la derecha.

"Claro. ¿Por qué no? Se puso de pie y buscó su abrigo. Entonces los bordes de mi visión se volvieron cada vez más oscuros hasta que estaba viendo a través de un agujero de alfiler, y antes de que saliéramos por la puerta todo estaba negro y yo no estaba, ya no era...

Y entonces regresé. Un olor horrible, años de orina y descomposición. Oscuridad. Después de un momento mis ojos se adaptaron y vi que estaba afuera, en un callejón. No, no es un callejón, sino un túnel. Me di la vuelta. El túnel tenía unos cincuenta pies de largo y diez pies de ancho, con una luz tenue en cada extremo. Bajo el olor a orina había otro olor, familiar, una mezcla de hierba, tierra y mierda. El parque. Estaba en un túnel debajo de una colina en un parque de la ciudad.

Yo estaba de pie sobre el cuerpo de James Cronin. Estaba acostado boca arriba. Tenía el cuello doblado, por lo que la cabeza quedaba paralela a los hombros y detrás de ella podía ver un grueso charco de sangre.

Pasé por encima de James y caminé tres metros hacia el sur. Aparte

de mis pasos, el túnel estaba en silencio. A lo largo de la pared estaban los restos de una antigua fuente de agua, un impresionante mosaico de Medusa, serpientes enroscadas en su cabeza; En tiempos mejores, el agua habría brotado de su boca. Sus ojos me miraban con total comprensión. Siempre me había gustado esa fuente.

Regresé a donde yacía James y me agaché para mirarlo. Por supuesto que no se había movido. Su chaqueta estaba abierta y la parte superior de sus pantalones estaba desabrochada. Probablemente le habían prometido un poco de diversión semipública espeluznante. Su rostro parecía el de siempre; Incluso muerto, parecía engreído.

No había nada que pudiera hacer. Así que me puse de pie, salí del túnel, caminé por el parque hasta las calles de la ciudad y luego tomé un taxi para que me llevara de regreso a casa.

JAMES, NATURALMENTE, no vino a trabajar al día siguiente ni llamó para decir que estaba enfermo. A la hora del almuerzo, una ansiedad colectiva comenzó a crecer en la oficina. No era propio de James no aparecer. No era propio de James no llamar. Algunas personas dejaron mensajes en su contestador automático. James, solo queremos saber si estás bien. James, estamos preocupados, por favor llame a la oficina. La ansiedad creció y a las cuatro de la tarde nos preguntábamos, ¿James tiene novia? ¿Conoces a alguno de sus amigos, familiares? Bueno, es solo un día, nos tranquilizamos mutuamente. Solo un día. Si no está mañana, haremos algo. Nadie sabía qué haríamos exactamente, pero estábamos bastante seguros de que si él no estaba mañana, tomaríamos medidas.

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Ginny McPhee llamó a la policía. Alex Levaux le dijo que estaba exagerando.

—No me importa —dijo ella con brusquedad—. "Está mal sentarse aquí y no hacer nada cuando James podría estar en el hospital o enfermo o algo así".

Llegaron dos oficiales con uniformes azules. Ginny les dio la verdad general. Hicieron las preguntas que cabría esperar, cada una irrelevante. ¿Era James un drogadicto? ¿Alcohólico? ¿Jugador? ¿Le debía dinero a alguien? Escuché desde mi escritorio cercano.

La ansiedad llegó a un crescendo cuando Ginny McPhee volvió a llamar a la policía a la mañana siguiente y le dijeron que James había desaparecido oficialmente. Fields y Carmine llamaron a su familia en Ohio. Ginny se comunicaba con la policía todos los días. Sin pistas, sin pruebas, sin pistas. Entonces sucedió algo en Fields & Carmine que no hubiera esperado, nos acostumbramos. Dejamos de hablar de ello. Dejé de pensar en ello. La oficina se asentó en un nuevo patrón, un

patrón en el que James se había ido y eso era todo. Como la buena grapadora que estuvo en tu escritorio todas las mañanas durante años, la mejor que nunca se atascó, y luego un día desapareció. Pasaste unos días hurgando en busca de ella y luego conseguiste una nueva, y seguiste con tu vida, y aceptaste la desaparición como uno de los pequeños misterios de la vida, nunca resuelto. Eso es lo que hicimos con James.

Excepto Ginny McPhee. Lloró en su escritorio. Hablaba de él todo el tiempo. Llamó a la policía todos los días hasta que finalmente tuvieron una respuesta, dos semanas después de su muerte: James había sido asaltado y asesinado en el parque después de salir del trabajo el martes. Su cuerpo había sido encontrado a la mañana siguiente, pero había habido una pequeña confusión con la identificación. Era poco probable que el hombre que lo hizo pudiera ser atrapado tanto tiempo después de los hechos. Tan improbable que la policía dejó perfectamente claro que no valía la pena invertir mucho tiempo y dinero en el asunto. Fields & Carmine cerró la oficina por el resto de la semana y el domingo todos lloramos en su funeral. Luego, el lunes, todos volvimos al trabajo y volvimos a una nueva rutina, una rutina en la que uno de nuestros compañeros de trabajo estaba muerto, y ese fue el final de James Cronin.

Poco después dejé de ir a trabajar. No sé si avisé o simplemente dejé de ir, solo que nunca más me encontré en Fields & Carmine. Ed no tenía ni idea. En tiempos mejores, me había llamado al trabajo dos veces al día, pero hacía meses que ninguno de los dos llamaba solo para escuchar la voz del otro y saludarme. Para cuando supo que había perdido mi trabajo, era la menor de nuestras preocupaciones.

DE NUEVO, me encontré en el pequeño bar oscuro a la vuelta de la esquina de lo que solía ser mi oficina. De nuevo, estaba sentada con el mismo hombre: guapo, tatuado, borracho.

—Eric —dije—. No sabía cómo había llegado hasta aquí ni cómo sabía su nombre, pero allí estaba.

—Naamah —dijo—. "Esa es una pregunta extraña. ¿Qué es eso, árabe?

"Satánico", respondí.

—¿Eh?

"Akáshico".

—¿Qué es eso, como el persa?
—Oh, sí.
"Eh. Entonces, ¿vamos?"
—¿Te vas?
"Para dar un paseo. Dijiste que querías ir a dar un paseo".
—Bien —dije—. "Ya voy. Nos vamos".

NAVIDAD Y AÑO NUEVO llegaron y se fueron. Los extrañé por completo. Los días eran cortos y fríos y las noches demasiado largas. Ed dejó de preguntarme dónde había estado. Ya no esperaba que volviera a casa para cenar, ya no respondía cuando Naamah intentaba iniciar sus pequeñas peleas. Ahora estaba al límite de sus fuerzas. Había intentado la amabilidad, la comprensión, las sugerencias, los intentos de terapia, me había gritado, me había suplicado, ignorado, y ahora, por fin, seguía con su vida.

Las tornas comenzaron a cambiar, y Edward fue el que eligió las peleas. Era el que llegaba tarde a la cena, y luego tarde a la cama, y luego volvía a casa tarde, tarde, hasta bien entrada la noche.

La prueba fue una llamada telefónica. Pensó que estaba fuera, como era de esperar. Habíamos renunciado a hacer un seguimiento del paradero del otro, y yo ya no solía estar en casa por las noches. Pero esa noche estaba en el dormitorio. El demonio estaba haciendo algo con las hierbas que guardaba enterradas en mi cajón de lencería. Los pequeños manojos de ramitas y raíces habían comenzado a aparecer hace unas semanas. Nunca estuve muy seguro de lo que hacía con ellos, pero el tiempo que el demonio pasaba en casa lo pasaba a menudo con ellos, quemando una pequeña pila en un cenicero o reorganizando los paquetes en diferentes combinaciones. Afortunadamente, el demonio estaba interesado en lo que Ed estaba diciendo, así que me acercó a la pared para escuchar. Estaba hablando por teléfono con alguien.

"No. No sé. No creo que vaya más al médico". Una pausa para que la mujer del otro lado respondiera. "No sé qué voy a hacer. No, esta noche no, ya estoy en casa. Mañana... Lo sé. Tiene que cambiar... Por supuesto que intenté hablar con ella, lo intenté un millón de veces. Mira, déjalo, está bien... No, realmente no quiero hablar de eso. Mañana. Mañana... Muy bien, buenas noches... Yo también te quiero".

Edward colgó el teléfono y el demonio volvió a jugar con sus hierbas.

Pronto ED pasaba fines de semana enteros fuera de casa. Hizo vagas afirmaciones sobre viajes de negocios que ninguno de nosotros fingió creer. Cuando estaba en casa, dormía en el sofá. Usamos fríos y exagerados "por favor" y "gracias" con otros. Si una de nuestras extremidades rozaba la de la otra persona, se retraía y se ponía rígida de inmediato.

En su último día en casa, Ed me encontró en la cama con otro

hombre. El hombre había venido a leer el medidor de gas, aparentemente, y no podía decir con certeza qué sucedió después de eso. Cuando Ed llegó a casa, el hombre se levantó, se vistió y salió corriendo del edificio tan rápido que no lo vi irse.

Edward me dejó en ese mismo momento.

Me tumbé en la cama, todavía desnuda, y lloré en silencio para mis adentros. Ed sacó una maleta de cuero marrón que nunca había visto antes y empezó a hacer las maletas. Incluso ahora no puedo dejar de pensar en esa maleta. ¿Estaba esperando esta ocasión? ¿Su novia se lo compró?

Habló todo el tiempo que hizo las maletas, tirando tanta ropa por la habitación como en la maleta. A través del filtro del demonio solo escuché retazos de palabras y frases.

"Lo sabía... Lo sabía... Mierda... Responsabilidad... Negarse a asumir la responsabilidad... Niégate a hablar de ello... "

Edward arrojó un zapato al otro lado de la habitación. Sentí que mis labios se doblaban en una sonrisa. Me revolqué de un lado a otro en la cama y me escuché reír. El demonio estaba histérico, extasiado. Quería que se fuera. Lo último que recuerdo de ese día es a Edward arrodillado junto a la cama, tratando de que me concentrara en sus palabras.

"Amanda, ¿estás escuchando? Amanda, esto es DEMASIADO. Me voy. Amanda, ¿me oyes? ¡ME VEO!"

Con ED fuera, el tiempo se me escapó. Me despertaba de un apagón pensando que habían pasado una o dos horas y me enteraba de que habían pasado días. De vez en cuando, los fragmentos de conciencia se mezclaban entre sí y me quedaba una serie de non sequiturs.

Estaba en una cama, en un enorme colchón redondo con las sábanas más suaves que he sentido en mi vida. Las paredes eran de color azul cielo con ribetes rococó blancos alrededor de la parte superior. Me recordó a la casa de Fitzgerald. La habitación era enorme, casi tan grande como el desván. Era tal vez la habitación más grande que había visto en mi vida. Estaba desnuda y sola. Y entonces la oscuridad ahogó mis ojos y oídos y el resto de mí y me fui.

Fuera de la habitación azul. De vuelta en el desván. Estaba sentada frente a la chimenea, quemando metódicamente cada prenda de ropa de Ed. Llamaron a la puerta. No, un golpe en una puerta. Desde el interior del baño. La inmensa mesa del comedor había sido trasladada frente al cuarto de baño para que alguien entrara.

"Por favor", gritaba una mujer. "Haré cualquier cosa, solo por favor déjame salir. Necesito un doctor. Me han hecho daño".

"Oh, no", respondió Naamah. "No creo que hayas terminado todavía".

Rosado. Mucho rosa. Poco a poco me di cuenta de que estaba en el dormitorio de una mujer. No, una tienda de lencería. Todo era rosa y dorado. El tipo de tienda que se encuentra en todos los centros comerciales y distritos comerciales de lujo del país. Podría haber estado en cualquier parte. Delgadas notas de música clásica fluían a través de los pasillos de sujetadores nervudos y negligees endebles. Caminaba por un largo estante de sujetadores, sacando un número de encaje cada pocos metros. Con una uña dentada y astillada en el dedo índice de mi mano derecha, rasgué la parte más suave de cada pequeño dulce. Rrrrrip en encaje blanco, satén rojo, nailon transparente negro. Rrrrrip; Un aro amarillo hace un pequeño sonido particularmente satisfactorio. Caminé por el resto del pasillo y luego volví por el otro lado, señalando cada cuarto o quinto sostén para un buen rrrrip profundo.

Días después. A mi alrededor había grises y un olor agrio. En un tren. El coche estaba medio lleno. Unos cuantos hombres con trajes tristes y caídos, mujeres con demasiados hijos. Miré hacia abajo; Llevaba un vestido negro que nunca había visto antes, abotonado en la parte delantera, muy bonito, y un par de zapatos de tacón de cuero blanco igualmente misteriosos. Ojos. Sentí un par de ojos furtivos que se lanzaban hacia nosotros y luego se alejaban, hacia arriba y luego hacia afuera. Levanté la vista; Al otro lado del coche vi a una joven sucia y con cara de rata, de veinte años como máximo, que me miraba con una sonrisa repulsiva y cómplice. El cabello oscuro y grasiento caía directamente desde su cuero cabelludo hasta la parte superior de sus hombros. Llevaba una chaqueta vaquera mugrienta y debajo una blusa negra con el nombre de una banda de death metal. Sus ojos de agua de cocina brillaron. La cara de rata miró a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba mirando y luego se volvió para prestarme toda su atención. Luego sacó la lengua, ancha y plana, hasta la barbilla. La mitad superior de su cuerpo se inclinó hacia atrás y su lengua se curvó lentamente hacia su nariz. Para todo el mundo parecía una encantadora de serpientes con una serpiente ancha y rosada. La serpiente rosada se estiró hasta la punta de su nariz, más allá del puente, y luego hacia arriba para apoyar su punta entre sus cejas. Para mi horror, y para gran diversión de Naamah, la muchacha, con la parte inferior azul de la lengua cubriendo la mitad de su cara, se inclinó aún más hacia atrás, de modo que su cabeza estaba mirando hacia el techo, y sus ojos se pusieron en blanco para mostrar solo los blancos.

De debajo de su lengua salió una pequeña nube negra que olía a sangre. Observé con asombro cómo la nube flotaba hacia mi boca.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Naamah abrió la boca, se inclinó hacia la nube y se la comió del aire, con la misma facilidad con la que una rana se traga una mosca.

Me desperté en una esquina no muy lejos de casa, vomitando en un bote de basura.

"¿Señorita? Discúlpeme, señorita.

Levanté la vista y vi a un oficial de policía parado frente a mí, un hombre corpulento y bigotudo tratando de asomarse por debajo de mi camisa. Me ofreció llevarme a casa. Acepté agradecido. En la parte trasera del coche patrulla, las puertas no tenían pestillos. Un grueso separador de plástico separaba el asiento delantero del trasero, o lo habría hecho si el oficial lo hubiera cerrado.

Siempre confían en una cara bonita.

Y entonces el oficial dijo: "La esposa también lo tiene. La gripe estomacal. La semana pasada los niños lo tuvieron, ahora mi madre se está enfermando. Es un asesino, este virus, es un maldito asesino y todos lo tienen".

Hizo una pausa y miró por el espejo retrovisor, donde me vio mirándolo fijamente. Se aclaró la garganta y se ajustó el sombrero en la cabeza.

—Disculpe —dijo—. "Pido disculpas. Lo que quiero decir es que la gripe es algo terrible".

Estábamos de vuelta en la playa roja junto al mar carmesí. Ahora sabía que el mar era sangre y que había manchado la arena.
Entraba y salía del océano, tan elegante y feliz como un delfín.

Me di la vuelta y traté de correr. Pero era como si yo fuera el que estaba bajo el agua, no podía reunir el impulso para mover los brazos y las piernas. Y luego estaba justo a mi lado, de pie en la playa, sonriendo para mostrar sus pequeños dientes puntiagudos, viéndome tratar de correr.

—Amanda —dijo—, deja de intentarlo. Te amo. Nunca te dejaré ir".

Y entonces, un día, durante una larga tormenta de nieve blanca, Ed llegó a casa. El demonio me había traído de vuelta al apartamento después de días de diversión y allí estaba él, sentado en el sofá con traje y corbata arrugados, con un pequeño charco de nieve derretida alrededor de sus pies. Por primera vez en semanas encontré mi propia voz.

—Ed —exclamé—. Corrí hacia él, hacia su rostro triste y envejecido, y me senté cerca de él y lo rodeé con mis brazos. Se quedó quieto y tenso en su posición orientada hacia adelante, pero no me importó. El solo hecho de volver a verlo fue más de lo que esperaba. Después de un momento de tenerlo en mis brazos, se apartó y se puso de pie. Se paseaba torpemente delante del sofá, mirando por las ventanas, hacia la puerta, en cualquier parte menos en mí.

"Traté de llamar", dijo. "Escribí. Nunca contestaste. Pensé que tal vez te habías mudado. Yo, yo...

Se echó a llorar. Al principio luchó contra ello, dijo "yo" unas cuantas veces más con voz ahogada y ahogada y luego admitió que estaba llorando, dejó que su rostro se arrugara y las lágrimas cayeran y su nariz goteara mientras caminaba. Mi corazón dio un salto. Tal vez había una manera, pensé, que podía explicar y...

—Oh, Ed, yo... —Te quiero, quería decirte. Te amo y te extraño y no sé por qué pasó esto. A nosotros, de todos en el mundo. ¿Recuerdas las flores que me diste en nuestra tercera cita? ¿Recuerdas las gaviotas de las que nos reímos en la playa el año pasado? La horrible película, la de los subtítulos, la que hicimos bromas durante semanas. Sábados largos en el parque. Los domingos en el mercadillo. La fiesta de Navidad en la que bebimos tanto y nos peleamos mucho y casi nos matamos, al día siguiente fue muy divertido. Los dulces que me compraste cuando no llegaste a casa. No es justo. No es justo. Pero Naamah me cerró la garganta y me quedé sentada con cara de póquer mientras él se recomponía.

"Estoy solicitando el divorcio", dijo. "Quiero casarme de nuevo".

Todas las noches que esperé. Las noches en las que nunca llamaste.

"Estoy seguro de que no es una sorpresa. Ha pasado más de un año. Ella... bueno, sé que lo sabes. Los dos, no tiene sentido entrar en eso. No sé por qué nunca pudimos hablar de eso, podríamos haber hecho esto mucho antes, ambos podríamos haber continuado..."

La piscina de la azotea en California donde vimos la puesta de sol. Todas las comidas para llevar. La sensación de tu piel cálida y seca contra la mía. Las fiestas de cumpleaños de tu madre. El funeral de tu padre. Algún día íbamos a ir a Hawái, algún día a París. Íbamos a comprar un lavavajillas nuevo, un coche nuevo. Nada ha cambiado,

quería decir, no para mí, sigo aquí, mírame, mírame, pero cuando intenté abrir la boca no pude. Estaba cayendo, en la espesa neblina roja, un pozo negro sin fin, me aferré y me aferré con todas mis fuerzas, quise quedarme, pero no había nada a lo que aferrarme, nada a lo que agarrarme, y caí y caí hasta que me fui.

Estaba acostado en la arena carmesí junto al mar rojo sangre. Naamah yacía a mi lado. Ella sonrió y en la arena escribió dos palabras con su dedo índice izquierdo: GANO.

PRIMERO FUE LILITH. ELLA fue la primera esposa de Adán, pero no era lo suficientemente buena en absoluto, no se acostaba y lo tomaba y no hacía lo que se le pedía o se le decía. Así que me hicieron por encargo. Todo estaría en su lugar. Todo sería así. Esta vez no habría ningún error, así que en la nueva tierra salvaje observaba mientras yo estaba hecho de un puñado de polvo limpio. Primero fueron los huesos. Comenzó con los pies y luego subió por las piernas hasta las caderas, la columna vertebral y las costillas, hasta los brazos, y luego el cráneo redondo blanco en la parte superior. Lo siguiente era lo que necesitaba para vivir: hígado, bazo, intestinos, útero, corazón y pulmones, cerebro, ojos y lengua, todo hecho de polvo ante los ojos de mi pareja. Luego se colocaron los músculos, luego la fascia, los meridianos, los tendones y las venas. Estaba lleno de sangre, bilis, moco, lágrimas. Y entonces me envolvieron en piel y me rociaron de pelo y los nuevos párpados de mis ojos se enrollaron y los iris se enrollaron y, ahora completa y real, vi a mi pareja, sola en el mundo conmigo.

Lo primero que vi fue su rostro retorcido por el disgusto, antes de que rápidamente se diera la vuelta. Estaba disgustado conmigo y me rogó que no tuviera que volver a mirarme nunca más. Porque nunca antes había sabido lo que había dentro. Se había imaginado que una persona era tan elegante y ordenada por dentro como por fuera. No podía soportar el desorden, el caos, la sangre.

No me necesitaban. No me querían. Pero Lilith me enseñó algunos trucos a orillas del Mar Rojo. Cuando Adán se negó a acostarse con Eva, horrorizado de que Caín hubiera matado a Abel, me acerqué a él mientras dormía. Pensó que era un sueño, pero él era el padre de mi primer hijo.

No pueden decir que no. Todo lo que necesito es una forma de entrar. Un sueño es el camino fácil, pero luego nunca lo saben, ni siquiera saben que los tuve. Necesito a alguien como Amanda. Ella dice que no lo sabía. Ella dice que no me quería. Pero no podría haber entrado si ella no me hubiera querido. Todo el mundo me quería. Todos y cada uno de ellos.

Todos, excepto Ed.

Entonces estaba sentada en el sofá de nuestro apartamento. A través de las ventanas vi caer una pared de nieve blanca. Había gente por todas partes, todos moviéndose, caminando de una habitación a otra y viceversa. Dos estaban tomando fotos, algunos más estaban mirando a través del apartamento, hurgando debajo de la mesa y en las estanterías. Un tipo extraño de fiesta. Un hombre me tomó una foto; Me estremecí ante la luz brillante. Cuando mis ojos se aclararon, miré hacia la puerta abierta del dormitorio. ¿Dónde estaba Ed?

Mi audición se desvaneció de nuevo. Al principio todo lo que escuché fue un zumbido general, el parloteo de la fiesta, y luego una voz se señaló a sí misma. Un hombre me hablaba, casi gritándome, justo al oído. Giré la cabeza. El hombre estaba sentado a mi lado en el sofá, un hombre mayor con el pelo peinado hacia atrás y un traje barato, hablándome en voz alta.

"¿Por qué lo hiciste? ¿Dónde tienes UNA AVENTURA? ¿APOSTÓ ÉL? ¿BEBIÓ?

Shhh, traté de decirle, no tienes que gritar, pero las palabras salieron confusas y confusas; Mi boca aún no era toda mía. Miré hacia abajo y vi una mancha en mi vestido, una gran mancha roja y húmeda en mi abdomen. Estoy sangrando, traté de decirle al hombre. Me observó atentamente mientras me desabrochaba la chaqueta y luego la camisa. Todo el mundo estaba mirando, pero si me estaba desangrando, pensé, ciertamente debería poder ver la herida. Pero después de que mi camisa se desabrochó y mi estómago estaba desnudo, no había rojo. No era yo quien estaba sangrando.

—Ed —grité—. Me levanté del sofá de un salto. "¡Eduardo!" Todos en la habitación dejaron de moverse y me miraron.

—¿Dónde está? Grité.

Nadie respondió. Se quedaron quietos a mi alrededor y observaron cómo corría al baño, que estaba vacío, luego a la cocina, también vacía, y luego al dormitorio.

En el dormitorio, había sangre por todas partes. Salpicado en las paredes, manchado en el suelo. La cama estaba empapada de él. En las sábanas blancas de algodón que habíamos elegido juntos el año pasado. Sobre las almohadas de plumas de ganso que la madre de Ed nos había regalado dos años atrás por Navidad. En la colcha en blanco y negro que habíamos encontrado en un mercado de pulgas en el norte del estado, un hermoso sábado soleado tres años antes. El olor era nauseabundo. Cerré los ojos y deseé que todo desapareciera, pero cuando los volví a abrir nada había cambiado. El hombre con el pelo peinado hacia atrás se paró a mi lado de nuevo.

"¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué lo mataste?

Gemí y vomité en el suelo. Cuando volví a levantar la cabeza, vi, pintado con el dedo en carmesí marrón en la pared blanca sobre la cama:

EN GANAR.

Alguien en el edificio, supongo, llamó a la policía. Sus gritos debieron de ser insoportablemente fuertes: nuestro vecino más cercano estaba dos pisos más abajo. Con la ayuda de un defensor público, que obviamente estaba aterrorizado de mí, me declaré loco y acepté el encarcelamiento indefinido en un hospital psiquiátrico.

Primero apuñalé a una chica con uno de esos cuchillos caseros. No sé por qué. Luego, en solitario, me dejé crecer las uñas y ataqué a uno de los guardias. Por suerte para ella, no era bonita para empezar. Así que me trasladaron a alta seguridad

Se lo pasa en grande aquí, tiene a todas las chicas siguiendo sus órdenes, se acuesta con uno de los guardias y tal vez con uno de los médicos. Es como un zorro en un gallinero aquí en el hospital.

Cuando tengo un raro momento para mí, me acuesto en la cama y pienso en Edward. Trato de pensar en los buenos momentos, en lo hermoso que era, con su cabello rubio cayendo sobre sus ojos justo cuando sonreía. Y nuestra casa, nuestro gran y hermoso loft. Trato de aferrarme hasta el último centímetro de él; sus manos con las uñas cuadradas siempre perfectas, una delgada banda de oro alrededor de su tercer dedo; la suave curva en la que su cuello se hundía en su pecho, y luego se elevaba hasta encontrarse con su clavícula; la forma en que le gustaba todo; Estaría muy contento cuando el apartamento estuviera limpio y todo estuviera en su lugar.

Pero por mucho que lo intente, lo que más recuerdo es el dormitorio lleno de sangre.

Por supuesto que luchó al principio. Todos lo hacen. Y luego ven las posibilidades y están felices de seguir. Podría haber continuado para siempre, en su pequeña y solitaria vida. Pero a veces se abre la puerta a una vida más grande y no es tan fácil decir que no. No puedes pasarte toda la vida diciendo que no. A veces tienes que decir que sí, y ver a dónde te lleva.

Ahora estoy todo el tiempo, y cuando veo un pequeño pedazo del mundo es a través de sus ojos, que solían ser los míos. Una vez, hace algún tiempo, me vi en un espejo. Me veía tan diferente, mayor, pero realmente más hermosa. Mi cabello era grueso y más largo que antes, y mi piel estaba cremosa y suave. Por la noche me lleva a la playa carmesí junto al mar rojo y nos acostamos y me abraza. Me dice que soy hermosa, que todavía me ama tanto como siempre, que todavía quiere que seamos amigas.

"Nunca te dejaré", me dice, y golpea con la lengua. "Te amo", me dice, "nunca te dejaré sola". Y eso es todo lo que siempre he querido, en realidad: alguien que me ame y que nunca me deje solo.